

## FILIBUSTEROS Y FINANCIEROS

### CAPITULO I

#### El por qué del filibusterismo

Tienen los franceses un proverbio que dice: "El primer bocado abre el apetito". En el caso de la geografía del pueblo estadounidense este aserto parece tener gran respaldo. Tan pronto como los peregrinos llegados de Europa pisaron suelo americano se sintieron impulsados a arrebatar sus tierras a los indios, y muchos de éstos pagaron con la vida su resistencia al invasor. Había que someter a la naturaleza y a los aborígenes. Abriéronse caminos y taláronse bosques a fuerza de pala y hacha; los pioneros construyeron sus cabañas de troncos muy adentro en las extensísimas praderas y montañas, y, como la vanguardia de un ejército en marcha, caminaron siempre a la cabeza de una multitud de pobladores que se desplazaba hacia el Oeste. Y fue ésta una avalancha que no paró hasta que los pioneros llegaron a las playas del Pacífico. En 1803 la frontera pasó del Misisipi a las montañas Rocallosas, y la siguiente generación la vio distenderse de allí hasta el mar. Un continente entero había sido conquistado, pero el hambre de tierras parecía más grande que nunca. El primer bocado habíales abierto las ganas de comer.

Convertido al fin el piel roja en un simple quídam, y habiéndose revelado los misterios del dilatado interior del país a los hombres de espíritu aventurero, clavaron la vista allende las fronteras de las primeras colonias que fueron después los Estados Unidos para ejercitar en esos campos las energías

que su condición les demandaba. La selección natural había obrado creando un tipo peculiar de americano cuyo credo filosófico puede resumirse en la frase vernácula **echar pa'lante**. Uno de los propulsores de esta filosofía había pre-fijado la consigna de conquistar tierras bajo la condición de que antes debía uno ver si estaba o no en su derecho, pero para el americano común de la primera mitad del siglo XIX semejante cortapisa era no más que purísima agua chirle. El se sintió siempre seguro de estar en su derecho. Esta creencia del americano en su propia excelsitud fue una de las cosas que más impresionó y confundió al visitante extranjero. El éxito de su lucha por la existencia en el Nuevo Mundo había engendrado en él ilimitada egolatría y confianza en sí mismo. Todo muchacho vigoroso pasa por esa etapa cuando se acerca a la adolescencia. Para sus familiares y vecinos es una especie de matón. Por aquellos tiempos había otros pueblos que tenían este concepto de la joven América del Norte. Todo el mundo juzgaba jactanciosa y camorrista a esta nación, dictamen por cierto no del todo infundado. Consuela, sin embargo, pensar que nuestras faltas —numerosas como en verdad lo fueron— eran indicios de edad temprana y de rebosante salud, y no síndromes de degeneración senil.

En tales circunstancias era natural que los americanos creyesen que su gran república estaba destinada a dominar con el tiempo ambos continentes del hemisferio occidental, y para concretar tal idea acuñaron la muy expresiva frase "destino manifiesto". (+) Era inconcebible para ellos no proseguir su rápido crecimiento de las últimas décadas. No veían razón para que el desarrollo terminara con la conquista de California, cuando al Sur esperaba la parte más rica de la tierra entumecida entonces por gente retrógada y desave-

(+) Esta frase fue usada por primera vez por el exhuberante John L. O'Sullivan en el periódico Morning News, de Nueva York, en Diciembre de 1845, quién con motivo de la anexión de Texas escribió: "Es nuestro destino manifiesto esparcirnos por el continente que nos deparó la Providencia para que en libertad crezcan y se multipliquen anualmente millones y millones de norteamericanos". Y así se hizo doctrina allá en el siglo XIX que el destino de las naciones anglo-sajonas, y en especial Estados Unidos, era dominar todo el Hemisferio Occidental. [Nota del Trad].

nida. ¿No era acaso nuestro deber asentar en esas regiones una nueva población y un nuevo gobierno, igual que antaño hicieron Moisés y los israelitas al desalojar a los paganos cananitas? La respuesta era obvia para la joven América del Norte. "El destino de América es como el báculo de Aarón que se transformó en serpiente para tragarse a todos los demás báculos. De igual manera este país conquistará o se anexará todas las tierras. Es su "destino manifiesto". Dadle tiempo para realizarlo. Tragarse cada tantos años una región tan grande como la mayoría de los reinos de Europa es su presente orden de marcha. Un día puede comprarse un bocado suculento, otro hacerse de una provincia en las tierras del interior con sólo el incremento natural de su población; y otro día puede anexarse tierras, y también a veces conquistarias". Este escritor no trató de justificar semejante política en razón de ninguna moral abstracta. "América (ese es el verdadero nombre de nuestra nación) se aferra a los despojos ganados a brazo partido, por muy de malas que los hubiese ganado. Es sólo su destino, y tal vez no sea tan censurable como nación que carga filosóficamente con él. Bien puede uno odiar al traidor, y, no obstante, lucrarse de la traición. Que el distante monarca de allende los grandes lagos y la gente morena del apartado Sur lo sepan. América tiene que limitar sus confines con el mar". (1).

El fenómeno del filibusterismo fue corolario natural de esas ideas. Cuando aquellos americanos, juntándose en pequeños grupos, empacaron sus trastos y se echaron el rifle al hombro rumbo al Oeste y al Sudoeste, no iban únicamente en ignominiosa busca de riquezas, puesto que también los empujaba el afán de actuar en un escenario más amplio donde hubiera mejores oportunidades de **echar pa'lante**. Tenían imbuida la idea de la magnitud de su país, y querían proceder en consonancia. Algunos de sus conceptos y modo de ser nos parecen hoy una extraordinaria exageración de las cosas. Hasta su misma jovialidad fue principalmente una

(1) *Annals of San Francisco*, Pág. 476, por Soulé, Gihon y Nisbet. (Nueva York, 1855).

forma de hipérbole grotesca. Este tipo de americano fue un producto insocializado, pero su falta de ideas sociales le contrarrestó un individualismo agresivo que en esos años le rindió copiosos beneficios. Si esta clase de hombres se aventuraba en las montañas inexploradas, se les llamaba pioneros. Pero si, en cambio, ponían manos sobre otra nación cuya soberanía reconocían los mismos americanos, se les llamaba filibusteros.

El término "filibustero" fue al principio, y su aplicación a mediados del siglo pasado ofendía a quienes se les endilgaba, dado que era considerado sinónimo de pirata o bucanero. En esta obra no se emplea tal vocablo en sentido peyorativo, sino para designar a esos aventureros que, en la década anterior a la Guerra Civil, habilitaban y dirigían por propia iniciativa expediciones armadas en Estados Unidos contra naciones con las cuales este país estaba en paz. Que las personas afiliadas a tales empresas fuesen piratas o patriotas no viene al caso, aquí se les llamará filibusteros, sin que este término implique censura o alabanza. (1).

En definitiva, el apareamiento del filibusterismo puede explicarse conforme a la definición de Herbert Spencer: "Un proceso destinado a equilibrar las energías". Siempre que un pueblo superior o más pujante entra en contacto con un grupo inferior o menos vigoroso, forzosamente se produce un proceso de compensación entre ambos grupos. Este ajuste equilibrante genera siempre un conflicto al que en su aspecto primitivo llamamos lucha por la existencia.

El conflicto puede tomar muchas formas, desde el aniquilamiento completo hasta la "benévola asimilación" del débil por el fuerte. Visto desde este amplio punto de vista, el filibusterismo no es sino parte de ese movimiento común a todos los períodos de la historia en que aparecen hordas hu-

---

(1) Etimológicamente, la palabra inglesa **filibuster** es una variante de la holandesa **vrijbuit**, aplicada primeramente a los piratas que saqueaban las colonias españolas de las Indias Occidentales en el siglo XVII. **Vrijbuit** quiere decir literalmente: botín libre.

manas aventadas al destino de una vida errante, con hambre de tierras, por causa de una explosión demográfica, o bien movidas por un fervor religioso, o qué se sabe por qué, para rebasar sus dominios ancestrales y despojar de sus campos y casas y rebaños a otros pueblos más débiles. Cuando el nómada bárbaro despojó al salvaje de sus campos de caza para convertirlos en pastizales de sus ganados, ese bárbaro era ya el moderno filibustero. Y cuando los anglos, sajones y germanos salieron de su nebulosa península norteña en busca de las tierras más soleadas y risueñas de Inglaterra haciendo del patronímico inglés un sinónimo de esclavo, ¿eran o no genuinos filibusteros? Y acaso no fueron los vástagos de esos filibusteros víctimas a su vez de otra invasión filibustera encabezada por el Duque de Normandía, quien también era de linaje filibustero? Desde el punto de vista del piel roja, filibusteros fueron hasta los peregrinos del "May Flower" y los puritanos.

Los americanos de 1850 rebotaban energía. Habían conquistado ya un continente y suspiraban por conquistar otras tierras. El "espléndido aislamiento" en que se criaron no les engendró ese concepto internacional que se les habría desarrollado si hubieran tenido por vecinos a otras naciones fuertes; y durante medio siglo se estuvieron apoderando, a como diera lugar, de tierras inmediatas a las suyas. Compraron la Luisiana, y Texas y el Oeste de Florida cayeron en sus manos merced al filibusterismo principalmente. California les quedó como botín de guerra. La divisoria moral entre el pillaje público y el privado de una parte del territorio de una nación más débil era apenas una raya tenue. Del filibusterismo se esperaba el éxito únicamente. Si triunfaba se convertía en héroe y patriota; si no, pasaba a ser un malvado. Es bastante dudoso que aún a estas alturas del siglo XX hayamos avanzado mucho en este sentido. Siempre ha existido una relación estrecha entre nuestro concepto de la moral internacional y nuestros intereses materiales.

Después del tratado de Guadalupe Hidalgo (+) los expansionistas americanos vieron ya remota la posibilidad de que su gobierno pudiera hacerse de más tierras. Ya la Gran Bretaña rehusaba intimidarse ante aquella bravuconada de "cincuenta y cuatro cuarenta o la guerra", (++) y había obligado a un gobierno confesadamente expansionista a entrar en razón respecto de sus pretensiones territoriales hacia el Noroeste. Sabíase también que la Gran Bretaña observaba celosamente todo movimiento sospechoso de Estados Unidos en el Caribe, y que había dado los pasos pertinentes para adelantarse en esa región. Pero aún cuando el gobierno americano se viese temporalmente imposibilitado, los expansionistas seguían tan afanosos como siempre. La iniciativa privada maniobraría con éxito en terrenos vedados para el presidente y su gabinete. Por tanto, en 1850 Estados Unidos se convirtió en el vivero del filibusterismo, y tanto así que un observador francés de aquellos días manifestó que eso era ya casi una institución nacional del pueblo americano. (1).

Esta tendencia filibusterista tenía más hondas raíces en los estados del Sur que en otras partes del país. La civilización del Sur, como muy bien se sabe, era más militante que la del Norte por ser ella fruto de un régimen esclavista. Los sureños se apegaban también, más tenazmente que sus hermanos del Norte, a los tiempos y costumbres de los abuelos; sustentaban todavía ideas anacrónicas. El varón recurría aún al duelo en defensa de su honor y de su dama. Otros tal vez se rieran de sus ideales caballerescos, pero ellos los

(+) Pequeña ciudad mexicana en donde el 2 de febrero de 1848 se firmó el tratado de paz entre México y Estados Unidos. Esta guerra costó a México los territorios de la Alta California, Texas y Nuevo México. (N. del T.).

(++) Gran Bretaña y Estados Unidos reclamaban, cada una para sí, el territorio de Oregón que se extendía desde las montañas Rocallosas hasta las riberas del Pacífico y desde el Norte de California hasta Alaska. Extremistas americanos lanzaron el grito de "54°40' o la guerra". Querían con eso decir que estaban dispuestos a apoderarse de todo el territorio limítrofe con la frontera de Alaska. Sin embargo, el tratado firmado en 1846 entre ambas naciones fijó el territorio de Oregón en el paralelo 49. (N. del T.).

(1) "Il y est presque une institution nationale." Auguste Nicaise, *Les Filibustiers Américains*, Pág. 32. (París, 1860).

proclamaban de buena fe. El industrialismo prosaico no había invadido aún esa región, y su juventud contemplaba la vida desde un punto de vista más romántico de lo concebible en estos días de fábricas y de rascacielos. Mas no vaya por esto a creerse que el típico joven sureño fuese un caballereote trovador o parrandero que dilapidara el tiempo punteando las cuerdas de su guitarra o musitando rimas sentimentales al oído de la dama de sus pensamientos. La vida en el Sur se ha distinguido siempre por una buena dosis de austeridad puritana, lo que no es por cierto incompatible con el carácter combativo, como pudieron atestiguarlo Oliver Cromwell y Stonewall Jackson.

Era por consiguiente natural que muchos de los más señalados filibusteros, como decir Quitman, Walker, y Crabb, fuesen sureños, y que sus empresas y designios encontraran profundas simpatías en el Sur. Pero queda todavía una razón más para explicar la actitud del Sur con respecto del filibusterismo: el deseo de agrandar el territorio esclavista. Los hombres que engrosaron las filas de las expediciones esclavistas no eran los frenéticos apóstoles de la esclavitud que algunos escritores describen con su bien manipulado arte de la propaganda, aunque muchos de sus dirigentes sí lo fueron. La exhuberancia del sistema esclavista necesitaba de constante adquisición de tierras vírgenes. Sin ellas la llamada "peculiar institución" fracasaría, y el Sur, sería a su vez víctima de una revolución social e industrial cuyos alcances nadie podía prever. Tenía también este problema sus bemoles políticos. Por acuerdo unánime el Congreso seguía la práctica de admitir a los nuevos estados en pares, uno esclavista y el otro no; de esa manera se nivelaban los platillos de la balanza entre las dos secciones de la Unión Federal norteamericana. Era evidente, sin embargo, que si no se empujaba la frontera más hacia el Sur el equilibrio de la Unión se desplomaría con el tiempo, puesto que el torrente demográfico del Norte venía sofocando al Sur. Sin este escrupulosamente mantenido contrapeso entre los estados esclavistas y los libres, el desmenbramiento de la Unión sería, en opinión de muchos

líderes, ineluctable. Esa idea pesó bastante en la adquisición de Texas, y fue muy probablemente origen de la cláusula, consignada en la resolución conjunta de admitir a ese estado, referente a que su territorio no podría ser subdividido en más de cuatro nuevos estados.

La adquisición que de Texas hizo el Sur contrabalanceó un poco el fruto obtenido de la guerra México-americana que resultó ventajoso para el Norte, pero ya no pudo restablecerse el equilibrio de los dos sectores del país. Y fue entonces que miradas codiciosas se volvieron al Sur para fijarse en Cuba, México, y la América Central.

Algunos historiadores han considerado el deseo de extender la esclavitud como la razón fundamental que impulsó a todos los filibusteros americanos; pero, como se verá en los capítulos siguientes, la verdadera explicación de las actividades de estos hombres no es tan sencilla. Cuando William Walker, por ejemplo, cuenta entre sus oficiales a hombres de la talla de Frederick Henningsen, soldado de fortuna europeo, Domingo de Goicouría, el "libertador" cubano, Bruno von Natzmer, oficial de caballería prusiano, Frank Anderson, de Nueva York, y Charles W. Doubleday, de Ohio; cuando un Byron Cole, de Nueva Inglaterra, lo persuade a irse a Nicaragua; y cuando otro ciudadano de Nueva Inglaterra también, William V. Wells, nieto de Samuel Adams, se adelanta el primero a relatar la hazaña de Walker y lo enaltece, salta a la vista que su empresa agradaba a muchos otros, además de los partidarios de la esclavitud. El espíritu filibustero flotaba en el ambiente, y las osadas empresas parecían contar con las simpatías, en igual grado, de los pioneros californianos, de los llaneros de Texas, de los exiliados políticos de Europa, de los sureños simpatizantes de la esclavitud, y también de los norteños entusiastas del destino manifiesto. Buena parte de los hombres de Walker fue reclutada entre los delincuentes de toda laya en lugares como Nueva York, San Francisco, y Nueva Orleans, puertos éstos de donde zarpaban los vapores con rumbo a la meta ansiada de los filibusteros.

El propósito de esta obra es demostrar que las incursiones a la América hispana efectuadas entre 1850 y 1860 no fueron meros accidentes, sino hechos vitales de la historia, en alto grado sintomáticos del espíritu americano de aquella época. Fueron, realmente, tan irreprimibles como la Guerra Civil que estalló en 1861, y sus resultados alteraron de tal manera el carácter de la sociedad americana que redujeron el filibusterismo a su actual condición de arte perdido.

La historia de tales empresas se centraliza naturalmente en la carrera de William Walker, con sobrada razón llamado el más grande de los filibusteros americanos.

## CAPITULO II

### Los albores de la vida de William Walker

Lo que sabemos de los primeros años de la vida de William Walker es un poco fragmentario. Su padre, James Walker, nacido en Escocia, se estableció en Nashville, Tennesí, en 1820; allí se dedicó al comercio y fue por algún tiempo presidente de una casa bancaria de la localidad que giraba bajo la razón social de Commercial Insurance Company. James Walker contrajo matrimonio con Mary Norvell, de Kentucky. Procrearon cuatro hijos: William, Norvell, James, y Alice. William, el mayor, nació el 8 de mayo de 1824. Sus dos hermanos le siguieron a Nicaragua sin agregar nada al lustre de su apellido, puesto que Norvell resultó ser un inepto, insubordinado y disoluto, y James murió víctima del cólera a poco de haberse juntado a sus dos hermanos mayores en Nicaragua. Alice casó con un caballero de Louisville, Kentucky, apellidado Richardson.

En su infancia William no reveló nada que indicara estuviese destinado a ser un soldado de fortuna. Sus vecinos más bien le consideraban un mariquita siempre agarrado al delantal de su madre. Sin embargo, los que le conocieron de cerca no lo creyeron ningún alfeñique. Su madre, a medida que él crecía, se volvía inválida, y él se pasaba las mañanas con ella, leyéndole en voz alta para distraerla y consolarla. "Era muy inteligente y de sentimientos delicados como de niña", dejó escrito Miss Jane H. Thomas, amiga de la familia. "Con frecuencia iba yo a ver a su madre y lo encontraba siempre entreteníendola de algún modo". (1). La

(1) *Old Days in Nashville, Tennessee*, Págs. 78-79, por Jane H. Thomas (Nashville, 1897).

muerte privó a esta madre de las alegrías y amarguras que le hubieran causado las vicisitudes de los últimos años de la vida de su hijo. James Walker, el padre, vivió en Nashville hasta después de la Guerra Civil, pero pasó sus postreros años en Louisville, donde murió en 1874.

En la escuela, se ha dicho, que William no fue muy buen alumno. Aunque de mente despierta y aplicado, las aulas eran desesperantes para su carácter inquieto, mas a pesar de esto pasó con buenas calificaciones sus años de escuela y de colegio, y en 1838, de sólo catorce años, se graduó en la Universidad de Nashville. En aquellos tiempos la mayoría de los colegios americanos eran un algo más que los liceos o escuelas de secundaria de nuestros días, y el hecho de que Walker recibiera su diploma de esa institución en edad que ahora corresponde a los años de secundaria, pudiera dar la impresión de que solamente aprendiera lo equivalente a la enseñanza de escuela superior. Pero si se examinan el plan de estudios y los requisitos para ingresar en aquella Universidad, se verá que los universitarios de Nashville recibían una educación humanista y práctica bastante completa. Las materias exigidas para la admisión del alumno eran "la gramática —prosodia incluso— de los idiomas griego y latín, con la **Introducción** de Mair, mas otros textos elementales de ese género; los Comentarios de la Guerra de las Galias, de Julio César, las obras de Virgilio, los Discursos de Cicerón, el Testamento Griego, y la **Collectanea Graeca Minora**, de Dalzel, o bien otros autores griegos y latinos de tal alcurnia; y también gramática inglesa, aritmética, y geografía". Los alumnos no graduados debían estudiar álgebra, geometría, trigonometría, geometría descriptiva y analítica, secciones cónicas, cálculos, aplicaciones geométricas, topografía, navegación, mecánica, astronomía, química, mineralogía, geología, filosofía experimental, historia natural, Roma y Grecia antiguas, clásicos griegos y latinos, literatura, historia, filosofía mental y moral, lógica, economía política, derecho internacional y constitucional, composición, crítica y oratoria, teología natural, ejemplos cristianos, y la Biblia. En comparación con los

cursos universitarios de hoy en día, el alumno de aquella época recibía no más que un barniz superficial de las asignaturas de hoy, salvo, quizá, en lo tocante al estudio de los clásicos; pero poca duda cabe de que la instrucción recibida por Walker y los estudiantes de su tiempo era una buena base de formación cívica y cultural, tan buena como la mejor que se podía obtener entonces. Poníase gran énfasis en la formación moral. Rezábase obligatoriamente en la capilla dos veces al día. En el comedor, antes de cada comida, los alumnos escuchaban de pies la bendición; al terminar volvían a levantarse para dar gracias al Señor. La asistencia a la doctrina dominical era también obligatoria, y el estudio de la Biblia, de la teología natural, de los ejemplos cristianos, era habitual los domingos. Prohibíaseles asistir a bailes, a carreras de caballos, a peleas de gallos, y al teatro. Les estaba vedado además el lujo de tener perros, caballos, coches, y criados. Podían sí "aprender música, esgrima, y otras clases de las llamadas de adorno" que en la universidad no se enseñaban sin permiso escrito del padre o del tutor. Todas las noches, después de las oraciones en la capilla, dos alumnos nuevos, por lo menos, debían disertar sobre temas ético-religiosos; los más antiguos debían leer composiciones inéditas. Las horas de estudio eran desde la salida del sol hasta el desayuno, de las nueve a las doce, y de dos a cinco en el invierno, desde las ocho hasta la hora de dormir. Durante esas horas el alumno no debía salir de su cuarto sino para asistir a clases. (1).

Fue en ese ambiente de austeridad puritana en donde se educó el hombre a quien estadistas y diplomáticos de tres continentes habrían de calificar más tarde de filibustero y de pirata. Su formación, por otra parte, no se diferenció en ningún aspecto material de la de otros incontables jóvenes sureños; sería bueno pues que los novelistas e historiadores literarios que han estereotipado al joven del Sur como un petimetre educado en el siglo XVII, rectificaran sus conceptos.

---

(1) Regimientos de la Universidad de Nashville, 1840.

Walker se graduó junto con veinte condiscípulos, dos de los cuales siguieron la carrera eclesiástica. (1). Estando entonces en la edad más impresionable, hizo profesión de fe religiosa afiliándose a la secta de la Iglesia de los Discípulos Cristianos. Sus padres querían que él también, como sus dos condiscípulos, fuese ministro evangélico, para lo que por sus aptitudes y conducta parecía idóneo; pero sus inclinaciones le llevaron a estudiar medicina, de modo que de acuerdo con la costumbre de los tiempos tomó lecciones en el consultorio del Doctor Jennings en preparación para seguir después la huella de Galeno. A continuación se matriculó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Pensilvania, y en 1843 se graduó de doctor. Es una curiosa coincidencia que Walker, cuya única impresionante característica física eran sus ojos por los cuales más tarde se le llamaría "el predestinado de los ojos grises", escogiera como tesis de graduación "El Iris". La resurrección de una antigua leyenda centroamericana alusiva al gris chispeante de sus ojos fue, como se verá más adelante, uno de los factores que más contribuyeron al éxito que tuvo Walker.

Los padres de Walker, dispuestos a facilitarle todo aquello que contribuyera a pulir su educación, determinaron enviarlo a Europa para que ampliase allá sus estudios de medicina. Así pues, tan pronto como hubo recibido su título en la Universidad de Pensilvania, partió a París donde estuvo un año estudiando medicina. Luego se pasó más de un año visitando las más interesantes ciudades del viejo continente en cuyo tiempo aprendió bastante bien varios idiomas europeos.

Al regresar a Nashville en 1845 escasamente había rebasado su mayoría de edad, y, sin embargo, pocos eran los hombres de esa localidad que, como él, se hubieran formado en iguales centros educativos, culturales y profesionales. Uno de sus amigos, más tarde como él también soldado de fortuna, afirmó que Walker era "el más consumado médico que jamás

(1) Catálogo de los Funcionarios y Graduados de la Universidad de Nashville, 1850.

llegara a la ciudad", lo que probablemente no era exageración en cuanto a conocimientos especulativos o teóricos se refiere. Mas, por una razón u otra, la práctica de la medicina no fue de su agrado; entonces resolvió estudiar derecho. Comenzó su aprendizaje en el bufete de Edwin H. Ewing, de Nashville; pero no sería su ciudad natal la que habría de verle desplegar sus capacidades de abogado, pues unos meses más tarde se trasladó a Nueva Orleans. Este cambio de residencia le obligó a emprender nuevos estudios debido a que en el estado de Luisiana no regía el derecho consuetudinario inglés de los demás estados norteamericanos, sino el sistema jurídico del Código de Napoleón. Al graduarse de abogado puso su letrero en el número 48 de la calle Canal. Ejerció allí su carrera poco tiempo y casi sin clientela. Su natural reservado le impidió hacerse de muchos amigos íntimos, y si tenía talento de legista nunca se supo. (1). Viendo que como abogado no tendría nunca éxito, se convirtió en periodista, y ya para el invierno de 1848 era uno de los editores y propietarios del **Crescent**, de Nueva Orleans. Tenía de socios en esta empresa a J. C. Larue y a W. F. Wilson. La política del diario frente a la cuestión de la esclavitud era muy moderada, y tanto así que varios editores exaltados de Misisipí y Carolina del Sur lo calificaban de "periódico yanqui". Ridiculizaba el diario en sus editoriales los proyectos de filibusterismo que en aquellos días se fraguaban contra Cuba, y estos editoriales fueron más tarde atribuidos nada menos que al propio William Walker. Debido en parte a su moderación, el **Crescent** no marchaba económicamente bien, de manera que en el otoño de 1849 hubo de ser vendido y Walker se buscó otro trabajo. (2).

Durante su estadía en Nueva Orleans hizo Walker amistad con dos personas que influirían en su futura carrera. Sus faenas jurídicas y periodísticas lo mantuvieron en frecuente

- (1) Con fecha 27 de Julio de 1856 el **Delta**, de Nueva Orleans, cita a un ex-reportero del **Crescent**, empleado de ese diario cuando Walker era su editor, quien informa que Walker era hombre callado y muy bondadoso, como abstraído en el estudio de un arduo problema y siempre embrocado sobre un libro.
- (2) En el **Picayune**, de Nueva Orleans, 22 de diciembre de 1853.

contacto con el escribano de la Corte de Circuito de Estados Unidos, un joven de Virginia llamado Edmund Randolph, nieto del conocido estadista de ese mismo nombre. Fueron íntimos amigos y andando el tiempo volverían a encontrarse en San Francisco. Este fue el hombre a quien Walker, más que a ningún otro, prestó siempre oídos; y, como eventualmente se verá, nadie como él ejerció mayor influencia —buena y mala— sobre el destino de su carrera de filibustero. La otra amistad es interesante porque nos deja entrever la veta sentimental del corazón de Walker. Vivía en Nueva Orleans una Miss llamada Helen Martin de quien el doctor-abogado-periodista se prendó perdidamente. Los datos que se conocen de este idilio difieren en algo. Según un informante, se conocieron en Nashville recién regresado Walker de Europa, y ella fue el imán que llevó al abogado en ciernes a iniciar su carrera en Nueva Orleans. Otra versión dice que fue en esta ciudad en donde se vieron por primera vez cuando aún Walker se ocupaba en dominar el enmarañado código de Luisiana. Aunque bien educada y de atrayente personalidad, adolecía la joven de una gran desdicha: era sorda de nacimiento. A sus muchas habilidades Walker añadió entonces la dactilología de los sordomudos, y con ayuda de ese sistema la cortejó con afán. Unos dicen que no fue correspondido; otros que sí, pero que un malentendido causó el rompimiento; y hay quienes en cambio sostienen que sus relaciones fueron felices y que hasta ya habían fijado fecha para la boda.

Poco importa cuál de las versiones sea la verdadera, pues para Walker el resultado fue el mismo, ya que una de las veces en que la fiebre amarilla azotó a la ciudad Helen Martin cayó entre las primeras víctimas. Este terrible percance, según sus amigos, produjo un cambio visible en el carácter de Walker. La gravedad natural de su semblante se hizo más adusta, y su hábito de hombre estudioso se trocó en una ambición temeraria y un desmedido desprecio de la vida. (1).

(1) Muchos fueron los relatos referentes a este idilio publicado después de que Walker se hiciera famosa en Nicaragua. Véase, por ejemplo, el *Daily News*, de Nueva York, del 28 de febrero de 1856.

Todo individuo de espíritu aventurero escuchó en aquel año de 1849 el reclamo de California, y Walker no fue excepción a la regla. Sin lazos ya que lo ataran a Nueva Orleans, se unió a la gran caravana que entonces se desplazaba hacia el Oeste en busca del vellocino de oro; y en junio de 1850 apareció en San Francisco. Antes de salir de Nueva Orleans, sin embargo, dejó ver algo del rescoldo que bajo un aparente velo de pasividad abrasaba su interior. Y fue ello que salió en busca de uno de los editores de **La Patria**, periódico trisemanario editado en español; lo encontró y lo apaleó por haber ese hombre publicado un artículo que consideró injurioso a su decoro. (1).

En San Francisco el periodismo sedujo otra vez a Walker, quién pasó a ser uno de los editores del **Daily Herald**. Y al cabo de pocos meses, a causa de una controversia sostenida con el fiscal de distrito Levy Parsons, era ya todo un héroe popular. Afligía a la ciudad una ola de crímenes y desórdenes, y los periódicos criticaban duramente a las autoridades por no llevar a los delincuentes ante los tribunales de justicia. Los jueces, por supuesto, quedaban con esto en la picota, y Parsons, indignado por los ataques, tildó de perniciosa a la prensa en general y llevó el caso ante un jurado investigador. Pero este jurado no se dio por entendido de la acusación, de manera que los editores, animados por esta prueba de que la opinión pública estaba de su parte, volvieron a la carga con renovados bríos. La crítica más acerba salió de la pluma de Walker en el **Herald** bajo el epígrafe de "La Prensa es Perniciosa". A causa de esto, pocos días después Walker tuvo que comparecer ante el tribunal de Parsons; se le declaró culpable de irrespeto a la autoridad y fue sentenciado a pagar una multa de quinientos dólares. Walker el abogado pasó a ser entonces defensor de Walker periodista; negó jurisdicción al juez, se negó también a pagar la multa, y fue encarcelado. Unánimemente y al instante los diarios de San

(1) Libros de recortes de Wheeler, Vol. No. 5, Pág. 59 (uno de la colección de recortes de periódicos que se conservan en la Biblioteca del Congreso, compilados por J. H. Wheeler, Ministro de Estados Unidos en Nicaragua cuando Walker estuvo en ese país).

Francisco tronaron en protesta alegando que se estaba robando al pueblo el símbolo de sus libertades; y los resueltos e impávidos pioneros respondieron en el acto. Millares de ciudadanos asistieron el 9 de marzo de 1851 a un mitin en la plaza pública. Aprobáronse prontamente resoluciones en apoyo de la actitud de Walker, se pidió la renuncia de Parsons, y se pidió abrir, a través de los legisladores estatales, juicio de residencia al juez. Concluído el acto, los ciudadanos marcharon en masa a la cárcel a testimoniar su adhesión a Walker.

Presentóse en seguida recurso de Habeas Corpus ante un tribunal superior, cuyo fallo fue que Parsons podía entablar demanda por difamación, pero que la pena impuesta por irrespeto motivada por la publicación de un artículo periodístico era incompatible con la libertad de prensa y violatoria por tanto de la Constitución. En consecuencia, Walker fue excarcelado. Inmediatamente presentó recurso ante la legislatura, y el comité al cual fue presentado recomendó el 26 de marzo la impugnación de Parsons. Nombróse una comisión especial para estudiar los cargos; ésta halló que no había lugar a causa; con eso se dio por terminado el caso. (1). De haber tenido Walker una pizca tan sólo de magnetismo personal, pudo haber hecho de este episodio la base de una afortunada carrera política en California. Ambiciones políticas no le faltaban; pero carecía lastimosamente de aquello que es indispensable para ser un buen político.

Ni aún los escandalosos acontecimientos de los primeros años de la década de 1850 en San Francisco saciaron su sediento espíritu de aventuras, de suerte que poco después del incidente con Parsons, Walker fue a radicarse a la recién incorporada y rápidamente creciente población de Marysville. Allí, en 1851 y 1852, ejerció su profesión de abogado en sociedad con Henry P. Watkins. Marysville, al igual que las otras nacientes comunidades del Oeste, era un lugar de abier-

(1) Ver *Annals of San Francisco*, Pág. 322, por Soulé, Gihon, y Nisbet; y el *Times*, de Louisville, fechado el 15 de junio de 1856.

ta y democrática hospitalidad; pero Walker, con su habitual indiferencia, vivió siempre retraído y sin intimar con nadie. Su socio de bufete, sin embargo, era más sociable, y entre ambos pudieron hacerse de cierta clientela. (1). Uno de los colegas de Walker en Marysville fue Stephen J. Field, más tarde magistrado de la Corte Suprema de California y de Estados Unidos también. Al hacer memoria de Walker en 1877, el magistrado manifestó que "era un brillante orador, y dueño de agudo pero no muy profundo intelecto. Solía desquiciar al tribunal y al juez con sus argucias, pero rara vez logró vencer a uno u otro". (2).

Apenas instalado en Marysville comenzaron a circular rumores de que unos franceses en San Francisco urdían extraños proyectos de colonización y conquista de cierta región de México. Las hablillas no eran infundadas, según se verá en el siguiente capítulo. Fue de estos aventureros franceses de quienes Walker recibió el soplo que lo decidió a abandonar la abogacía y poner a prueba su talento en otro campo más, el cual por cierto parecía ofrecer mayor satisfacción a sus ambiciones que la simple práctica de la medicina, la abogacía o el periodismo. (3).

---

[1] **Early Historical Sketch of the City of Marysville and Yuba Country**, Pág. 9, por H. S. Hoblitzell. (Marysville, 1876).

[2] **Personal Reminiscences of Early Days in California**, Pág. 97, obra impresa por unos amigos en 1893.

[3] En relación con este esbozo de los albores de la vida de Walker, vale la pena dar a conocer una curiosa historia que con motivo del apareamiento del filibustero circuló en París en el otoño de 1858. Parece ser que unos diez años antes de esa fecha un edecán del Duque de Nemours fue desterrado de Francia por hacer fulleras en un juego de cartas con ciertos altos personajes. Díjose entonces que se había ido a México. En 1858 volvió a París una amante suya que lo había seguido al país azteca, y lo que contó de él fue feigivarsado de manera tal que el desterrado francés resultaba ser el propio William Walker, quien por entonces alegaba ser presidente constitucional de Nicaragua. Esta absurda leyenda tuvo por corto tiempo muchas creyentes en París. **Harper's Weekly**, Vol. II, Pág. 775.

## CAPITULO III

### Precursores de Walker

Mientras los inmigrantes franceses tramaban planes de colonización mexicana, otros hombres en California emprendían actividades filibusteras contra la América hispana. Y ciertamente que algunos de los pioneros del Pacífico se sentían en tales movimientos al igual que se sienten los patos en el agua. En 1845 el Presidente de Ecuador don Juan José Flores dimitió su cargo para evitar mayores males que causaría al país una revolución que se fraguaba, y en espera de la ocasión propicia para recuperar el poder se pasó en Europa todos los años que le quedaban de vida. Los amigos del presidente exiliado vieron en la heterogénea población de San Francisco buen material para armar una expedición que restaurara a Flores en la presidencia de su ingrata patria. Y en 1850 lograron persuadir a unos doscientos cincuenta inquietos trabucaires. El espíritu propulsor de la empresa fue un americano de Alabama llamado "Alex" Bell, a quien tendremos —hasta que se encuentre a un antecesor— por el primero de los filibusteros californianos. En la década anterior Bell había capitaneado un vapor en el Río Tombigbee, de Alabama, pero no siendo él hombre de negocios, cayó en manos de unos tramposos que lo empobrecieron. Descontenta la tripulación de su vapor de río por la forma irregular en que recibía su salario, se declaró en huelga un día. Bell, so pretexto de algo, logró hacerlos entrar en la bodega del barco, y después de cerrar las escotillas que condenó con listones de madera se procuró otros tripulantes; hecho esto siguió río abajo. Cuando el vapor llegó a Mobila, los pobres huelguistas con varios días de no probar bocado iban ya casi

mueritos de hambre. Presintiendo Bell que, por su abuso, las autoridades de Mobila le harían sentir el rigor de la ley, no quiso vérselas con ellas y continuó hasta Texas en donde se sumó a las filas del General Zachary Taylor sirviéndole de espía en la guerra méxico-americana. Llegada la paz, marchó por tierra a California en busca de nuevas aventuras, y se encontró en San Francisco con la expedición que allí se organizaba en 1850 para invadir Ecuador.

Los filibusteros partieron de San Francisco en 1851. En Panamá se les agregaron muchos partidarios de Flores, más unos aventureros españoles. Desembarcaron en Ecuador, tomaron Guayaquil y cayeron sobre Quito. El hecho de que los americanos tuviesen su campamento separado de los hombres de Flores hace suponer que ambos elementos se desconfiaran mutuamente, y una mañana despertaron los americanos para verse rodeados de sus aliados hispanos, bien atrincherados y parapetados. Las campanas de la reconciliación nacional habían repicado en el campo de sus ex-aliados ahora unidos con los otros para echar a los extranjeros. Díjoseles a éstos que serían desarmados y reembarcados a su patria, pero después de haberse vuelto a pie a Guayaquil allí sólo se les dio pasaje hasta Panamá, en donde quedaron a la buena de Dios. Algunos pudieron volver a California, entre ellos Alex Bell, quien murió en San Francisco en 1859. (1).

En aquel entonces, de cada diez hombres que vivían en California uno era francés, y esta gente constituía un peculiarísimo y al mismo tiempo importante elemento de la población. Mientras los irlandeses, alemanes y mexicanos componían el conglomerado de obreros idóneos para la vida de rancheros y mineros, los franceses formaban el elemento urbano; entre ellos había de todo: desde nobles marqueses arruinados hasta humildísimos labriegos. Muchos habían salido de su patria a causa de los trastornos políticos de 1848, y una buena parte tenía excelente adiestramiento militar.

(1) Este relato figura en *Reminiscences of a Ranger in Southern California*, por Horace Bell, Pág. 203. (Los Angeles, 1881).

Tras el descubrimiento del oro los franceses fueron de los primeros en llegar a la costa del Pacífico, pues ya había un considerable número de esa nacionalidad en los países vecinos de la América hispana y en las islas del Pacífico. Los vinos franceses, el coñac, los alimentos en conserva, y las frutas almibaradas se vendían a buen precio en las zonas mineras, y los barcos que iban cargados de esas mercaderías eran utilizados por la gente para trasladarse allá. (1). En París se ofrecían como premios de lotería boletos de viaje a California, y por supuesto que el aliciente de tales beneficios estimulaba aún más la emigración. Unos quinientos ganaron esos boletos, (2) y para allá salieron en busca de fortuna. Muchos de estos inmigrantes eran tipos de rompe y rasga. Remisos para asimilarse, y no queriendo tomar carta de naturaleza hacían vida aparte de los demás, mientras que los ingleses, alemanes y escandinavos se americanizaban rápidamente. Quejábanse los franceses, no sin razón, de que los americanos miraban con mejores ojos a los de aquellas nacionalidades, pero la verdad es que ellos eran en parte culpables. Como rehusaban naturalizarse tenían poca privanza con las autoridades, lo que aprovechaban los más matones para echarlos de las tierras que habían denunciado, y ya sin eso pocas eran las oportunidades que les quedaban para ganarse la vida en una ciudad de frontera como el San Francisco de aquel momento. Formaban, por tanto, una comunidad exclusivista y despechada, fáciles de ser explotados por algunos de sus paisanos aventureros. Y varios de estos tipos salieron oportunamente a escena.

El mismo año que Walker llegó a San Francisco arribaron también dos nobles franceses: el Marqués Charles de Pindray y el Conde Gastón de Raousset-Boulbon. Estos hombres no eran de nuestra época. En la Edad Media habrían sido seguramente caballeros sin tacha, pero el veredicto de estos tiempos más prosaicos los califica de hijos pródigos

- (1) *Les Français en Californie*, por Daniel Lévy, Pág. 107. (San Francisco, 1884); *Annals of San Francisco*, Págs. 461 - 5, por Soulé, Gihon, y Nesbit.  
(2) *San Francisco*, por John S. Hittell, Págs. 185 - 7. (San Francisco, 1878).

malbaratadores de su caudal en francachelas, para tener después que ir a recutirse a un país remoto. De Pindray pertenecía a una noble familia de Poitou; era un tipo gallardo, elocuente, dinámico y valeroso, con la fuerza de un gigante y tan diestro en el manejo de las armas que en San Francisco ganó reputación de gran duelista con muchas víctimas en su haber. Estos atributos varoniles le granjearon la admiración del bello sexo, y él por su parte no regateó nunca galanterías a las damas. Pero cuando este cortesano llegó a San Francisco cruzando los praderas, iba ya sin un real, y por algún tiempo se las vio negras para conseguirse el sustento diario. Gracias a su excelente puntería pudo defenderse de la vida abasteciendo de carne de oso y de otros animales de monte el mercado; pero su natural caballeresco se rebeló contra ese oficio de matarife, y comenzó a pensar en alguna otra manera de pasarla que estuviera más a tono con su estirpe. Entre sus resentidos compatriotas encontró material para lanzarse a una azorosa empresa en México. El gobierno azteca acababa de hacer un llamamiento de voluntarios deseosos de ir a combatir a los indios apaches que estaban cometiendo tropelías en la zona minera de Sonora. A cambio de sus servicios ofrecíaseles una valiosa parcela de tierra que debían cultivar. Parece que el objeto del gobierno era fundar poblados que sirvieran de parachoque entre los indios del desierto sonorense y los pueblos mexicanos de las zonas más habitables. De Pindray instaló su oficina de enganche en la taberna de su paisano Paul Niquet. En muy poco tiempo puso en pie una compañía de voluntarios y también juntó dinero suficiente para fletar una embarcación. En vista de que los mexicanos resentían todavía el zarpazo de Estados Unidos, se excluía a esos ciudadanos; sólo se admitían franceses. Dícese que cuando De Pindray forjaba sus planes le habló al Conde de Raousset-Boulbon invitándolo a asociarse a la empresa. Este rehusó, pues en esos precisos momentos él también tenía en mente un proyecto similar que, de llevarlo a feliz término, le daría gloria y riquezas que no tendría que compartir con nadie.

El 21 de noviembre de 1851 los aventureros franceses se hicieron a la vela en San Francisco y el 26 de diciembre desembarcaron en Guaymas, Sonora, el principal puerto mexicano del Pacífico. Los naturales los recibieron con júbilo disparando sus viejos mosquetes, y habrían disparado también salvas de artillería si hubieran tenido cañones. Los comerciantes mexicanos rivalizaban entre sí atendiendo a los recién llegados cuya estadía en Guaymas fue una ininterrumpida parranda. Las autoridades suministraron bastimentos, caballos, mulas, pertrechos, y prometieron pagar salario a los franceses. Estos sumaban ciento cincuenta, más algunos mexicanos que se les incorporaron. Mientras preparaban su viaje hacia Arispe, De Pindray fue objeto de nuevas manifestaciones de buena voluntad de parte de Cuvillas, Gobernador del Estado, y del General Miguel Blanco, Capitán General del mismo; luego emprendieron marcha sobre el desierto cuyos únicos habitantes eran los famosos indios apaches que parecían tener alas en los pies. La meta de los franceses era la zona minera de Arizona, pero hasta allí —estaba escrito— no habrían de llegar jamás. La empresa resultaría más ardua de lo que se habían creído. Entre De Pindray y sus hombres surgieron desavenencias, y entre franceses y mexicanos estalló la discordia. El líder cayó enfermo, y en mayo de 1852 la expedición hizo alto. Un día de tantos, en el pueblo de Rayón, De Pindray apareció muerto de un balazo en la cabeza. Fuera que a causa de su enfermedad y desilusión se quitara él la vida, o que un compañero descontento lo hubiese asesinado, es cosa que nunca se supo. Los sobrevivientes se las arreglaron como mejor pudieron para salir del desierto, y yendo de regreso se encontraron con una nueva expedición que iba para allá bajo el mando del Conde de Raousset-Boulbon. (1).

El 4 de marzo de 1852, tres meses después de la salida de De Pindray, y diez semanas antes de que De Rousset-

---

(1) *Les Français en Californie*, Págs. 146 - 48, por Lévy, *Le Drame de la Sonora*, Págs. 207 - 56, por Charles de Lambertie (París, 1856); *History of California*, Vol. III, Págs. 727 - 45, por Hittell.

Boulbon se hiciera a la mar, una segunda expedición francesa partía de San Francisco a Sonora. Esta llevaba como jefe a Lepinede Sigondis, representante de una de las muchas compañías formadas en París con el propósito de ir a explotar los placeres de oro californianos. Era gente que no iba bajo ningún régimen militar, y los sesenta o más hombres que entraron en Sonora, tras de hacer inútiles esfuerzos para fundar una colonia, se desbandaron. Las autoridades mexicanas patrocinaban de buen grado la idea de establecer colonias francesas que sirvieran de barrera contra nuevos intentos expansionistas de Estados Unidos. (1).

El Conde de Raousset-Boulbon, cabeza de la tercera expedición francesa a Sonora, había nacido en Avignon el 2 de diciembre de 1817. Huérfano de madre desde pequeño, creció voluntarioso y turbulento, cualidades que acentuó la severidad del padre que no supo comprenderlo. Por su pequeña estatura le encajaron el bien puesto apodo de **Petit Loup** (Lobato). (2). Pero fue un hombre dinámico, valiente, inteligente y bien educado. Una pincelada de idealismo irisaba su carácter, y no carecía de magnetismo personal. Deslucían un poco esas buenas cualidades, sin embargo, su apego a los placeres mundanos, de tal suerte que cuando recibió su herencia no perdió tiempo en derrocharla. En 1845 partió hacia Argelia en donde hizo la campaña de Kabylia con el General Bugeaud. De vuelta en París quiso hacer carrera política, fundó un periódico para promover su causa, y sustentó en él ideas ultra liberales. Muy a tono con la ideología de su director se llamaba el diario **La Liberté**. De su versatilidad quedan como testimonio una novela titulada **Une Conversion** y ciertos fragmentos de poesías. (3). Como resultado de su prodigalidad se encontró en 1850 con que no le quedaban ya dinero ni amigos, y volvió sus ojos a California resolviendo irse allá a tantear nueva fortuna. El 22 de agos-

(1) *Les Français en Californie*, Pág. 148, por Lévy.

(2) *Genealogie de la Maison de Raousset*, por Du Roure. (París, 1906).

(3) Los siguientes versos, compuestos quizá en la víspera de su salida de París, es una de sus reliquias literarias:

to de 1850 llegó a San Francisco como pasajero de tercera clase en un vapor inglés. (1). El noble arruinado trató de ganarse allí la vida honradamente en diversas ocupaciones. Hasta que se construyeron los muelles en la bahía fue lanchonero, después pasó a la compra de ganado, al laboreo de minas, pescador, y, como el Marqués de Pindray, fue también cazador. En ninguno de esos oficios tuvo éxito; pero su roja camisa de lana y botas de gruesa vaqueta no podían ocultar el hecho de que ese hombrecito descollaba sobre el nivel común, y aquellos que lo trataban le reconocían, inconscientemente, superioridad. Al igual que él, muchos de sus compatriotas, habiendo andado por el mundo de tumbo en tumbo, conocían ya la otra cara de la vida. De entre éstos podía él seleccionar un grupo dispuesto a arriesgarlo todo en cualquier aventura con tal de hacer fortuna.

El conde, como De Pindray, oyó el canto de sirena de las ricas minas de Sonora. Su explotación, decían los cuentos, rindió antes grandes utilidades, pero en los últimos años tuvieron que ser abandonadas a causa de las incursiones y asesinatos de los mentados apaches. De Raousset-Boulbon, concibió entonces un proyecto de colonización y minería en el que Monsieur Patrice Dillon, Cónsul de Francia en San Francisco, puso mucho interés, y a instancias suyas tuvo la precaución de ir hasta la capital de México a recabar el asenso del gobierno. Ya allí, después de muchas gestiones, logró obtener

---

Mon cover, en désespéré  
 Cour la pretentaine,  
 qui peut savoir si j'irai  
 Jusqu'à la trentaine?  
 Mais que l'avenir soit gai  
 Ou qu'on me fusille-  
 Baisez-moi, Camille, ó gué!  
 Baisez-moi, Camille!

(1) **Les Français en California**, Pág. 107, por Lévy.

En su novela, **Une Conversion**, describe su propia conversión de aristócrata a demócrata. Dice de sí mismo que al tiempo de escribirla llevaba una vida sosegada.

el entusiasta apoyo del Ministro de Francia, Monsieur Lava-  
sseur, y fundó una compañía bajo el nombre de La Restau-  
radora; en febrero de 1852 obtuvo para ella la concesión de  
las minas de plata y de oro de la zona minera llamada  
Arizona. en el estado de Sonora. En abril consiguió que la  
casa bancaria Jecker, Torre y Compañía financiara la empre-  
sa, y luego se comprometió a desembarcar a la mayor brevedad  
150 hombres en Guaymas para llevarlos a trabajar en  
dicha zona y en nombre de la compañía tomar posesión de  
todas las tierras mineras de allí. La expedición tendría tam-  
bién carácter militar a fin de limpiar de indios la región. La  
Restauradora correría con los gastos de la expedición y se  
dividiría con De Raousset-Boulbon y sus hombres la mitad  
de las tierras, minas y lavaderos de oro de que tomaran pose-  
sión. El ministro francés y el gobernador de Sonora se aso-  
ciaron económicamente a la empresa.

Concluidos estos arreglos, De Raousset-Boulbon corrió  
de vuelta a San Francisco, abrió una oficina de enganche, y  
envió representantes a las minas. Con el franco apoyo del  
Cónsul Dillon, no tuvo dificultad en reunir el número de hom-  
bres necesarios. El 19 de mayo de 1852 salieron para  
Guaymas, en donde desembarcaron doce días después. Fue-  
ron recibidos con la misma bullanga que a De Pindray. En el  
interín, sin embargo, una nueva compañía de la que muchos  
funcionarios públicos mexicanos eran socios y que tenía el  
respaldo de la casa bancaria Bolton and Barron, de San Fran-  
cisco, se había organizado como rival de La Restauradora; y  
si bien es verdad que el populacho agasajó efusivamente a  
los franceses, las autoridades locales mostraron cierta frialdad  
presagiadora de males. Y era en verdad lamentable que el  
General Blanco, cuya palabra era ley en Sonora, hubiese sido  
conquistado por la compañía rival. El 1 de mayo, mientras  
la expedición francesa hacía sus preparativos, expidió un de-  
creto con aparentes miras de apoyar la colonización, pero  
que contenía varias cláusulas de las llamadas "clavos" en la  
jerga politiquera. Entre otros incentivos para el extranjero  
que llegaron a Sonora, el decreto estipulaba que todo colono

debía naturalizarse ciudadano mexicano, y que además debía renunciar a la lealtad debida a su país de origen, obedecer a las autoridades mexicanas, sentar plaza en el ejército, y por añadidura dar el diezmo del producto de toda cosecha agrícola a la iglesia, a la educación pública, y para los trabajos de obras de utilidad común. (1). Bien sabía el marrullero capitán general que tales cláusulas podían causar dificultades sin fin a los franceses incorporados a La Restauradora.

En Guaymas, De Raousset-Boulbon y sus hombres se vieron obligados a permanecer un mes debido a que siempre, por una razón u otra, Blanco se negaba a darles salvoconducto para dirigirse al interior del Estado. La ociosidad forzosa y el clima insalubre comenzaron a hacer mella entre los expedicionarios, quienes además consumieron gran parte de los bastimentos que necesitarían para sustentarse en el desierto. Por fin recibieron permiso de partir, pero sólo debían ir por una ruta intrincada e indirecta y doblemente larga del camino utilizado comúnmente. El conde hizo caso omiso de la cláusula referente a la ruta, y tomó el camino más corto. En la primera noche que acamparon, los muleros desertaron con todo lo que pudieron cargarse. En agosto llegaron al pueblo de Santa Ana, a sólo pocos días de su meta y allí los alcanzó un expreso de Blanco con órdenes al jefe de no seguir adelante y presentarse personalmente al capitán general en Arispe, a más de cien millas de allí. De Raousset-Boulbon salió para la capital y de cruzada se encontró con los ochenta sobrevivientes de la malaventurada expedición de De Pindray. Resolvió entonces regresarse con éstos para reforzar su tropa, y despachó a dos oficiales para que, en representación suya, fueran a entrevistarse con Blanco. Tuvo cierta dificultad en persuadir a sus hombres de que debían esperar la comunicación de Blanco antes de continuar rumbo a las minas. Los oficiales volvieron con un ultimátum diciéndoles que debían escoger una de estas tres líneas de conducta: a) renunciar a

---

(1) *Alta California*, 29 de abril de 1854.

su nacionalidad, obtener carta de naturaleza mexicana, y sentar plaza en el ejército mexicano bajo la jefatura de Blanco; b), podían proveerse en la capital de una autorización que les diera derecho a explorar la zona pero no a tomar posesión de ninguna mina, lo cual les haría perder unos meses más; y c), De Raousset-Boulbon debía reducir el número de sus hombres a cincuenta, y con un mexicano que respondiera por todos ellos podrían reanudar su camino viajando como trabajadores de La Restauradora siempre que, desde luego, los apaches no pusiesen ninguna seria objeción. Al recibo del ultimátum De Raousset-Boulbon convocó a sus hombres, les expuso la situación y les dio a escoger. Las propuestas de Blanco fueron recibidas con indignación y desprecio. Les manifestó De Raousset-Boulbon que si alguno quería regresarse podía hacerlo llevándose sus raciones; pero nadie habló de irse. Notificó por tanto el conde al capitán general que la aceptación de las condiciones del ultimátum era una cuestión personal que debían aceptar o rechazar los propios hombres; que el líder no podía hablar por ellos, y que él, personalmente, las rechazaba todas de plano. A esto respondió Blanco acusando al francés y a sus hombres de ser enemigos armados del gobierno, e inmediatamente mexicanos y franceses se dispusieron a pelear. Para ganarse el apoyo de los naturales del país, De Raousset-Boulbon se erigió en paladín de la Independencia de Sonora. Parece que la idea de alzar bandera de rebeldía estaba hasta ese momento lejos de su mente. En estilo típicamente hispanoamericano ambos bandos lanzaron sendos manifiestos: Blanco tratando de hacer que los franceses desertaran halagando con promesas de protección a todo aquel que así lo hiciera; De Raousset-Boulbon instando a los mexicanos a sumarse a sus filas bajo el estandarte de una Sonora libre; y ese estandarte lo alzó el 21 de septiembre. El 14 de octubre se rompieron las hostilidades con el ataque de De Raousset-Boulbon a Hermosillo, ciudad de unos 12,000 habitantes resguardadas por 1,200 soldados con artillería y parapetados detrás de paredes de adobe. Los franceses eran sólo 243, y conforme a toda lógica de ciencia militar debieron haber sido desbaratados. La fortuna, empero, les sonrió ese

día. Se lanzaron al asalto de la ciudad que tomaron fácilmente y el propio Blanco estuvo a punto de caer prisionero. La victoria no produjo ningún provecho tangible, pues los vecinos del lugar fueron poco a poco escabulléndose para no servir al nuevo amo. De Raousset-Boulbon y varios de sus oficiales cayeron enfermos, y encima de eso tenían heridos que curar. El y sus hombres, lo que de veras querían era salir del interior, así que ofrecieron al nuevo gobernador de Sonora, Gándara, abandonar Hermosillo si se les dejaba llegar en paz a Guaymas. De Raousset-Boulbon daba además palabra de poner en libertad a sus prisioneros, y pedía que los mexicanos, por su parte, se comprometieran a cuidar de los heridos que él tendría que dejar. Doce días después los franceses evacuaban la ciudad encaminándose a Guaymas. En las afueras de esta población Blanco se entrevistó con el conde, pero habiendo éste enfermado de gravedad ese mismo día, no pudieron llegar a un acuerdo definitivo, por lo cual dejó el francés al criterio de sus hombres la forma de entenderse con las autoridades mexicanas. Cinco meses antes los mismos habitantes de Guaymas los habían recibido jubilosamente; ahora ni el más humilde indito los saludaba. El capitán general les hizo firmar un documento con arreglo al cual se obligaban a respetar a las autoridades del país, lo que prácticamente equivalía a desbandarse, y luego él facilitaría a quien quisiera los medios para volverse a Estados Unidos. Muchos regresaron en diciembre, pero unos cuantos optaron por quedarse. De Raousset-Boulbon, que no había firmado ningún acuerdo, salió para Mazatlán, en Sinaloa, en donde lentamente recobró la salud y se fue al fin a San Francisco llamado por Dillon. (1).

En San Francisco fue recibido con gran fanfarria. Los californianos de esos días admiraban idolátricamente a quienquiera que hiciese "algo". El conde estaba, al igual que muchos más, inculado de fiebre filibustera. Esta enfermedad es incurable; las vicisitudes y los sufrimientos pa-

(1) *Le Drame de la Sonore*, Págs. 80 - 9, por Lambertie; *California*, Vol. III, Pág. 731, por Hittell.

recen sólo agravar los síntomas. Habló abiertamente de volver. "No puedo vivir sin Sonora", (1) decía. Walker y su socio de bufete, Henry P. Watkins, lo visitaron ofreciéndole su cooperación; pero De Raousset declinó asociarse con americanos para empresa en México, en donde se les abominaba. Una serie de revoluciones llevó a la presidencia de México al General Antonio López de Santa Ana, y Lavasseur hizo saber a Dillon que las oportunidades eran entonces óptimas para establecer una colonia francesa en aquel país. Ante la nueva perspectiva De Raousset emprendió segundo viaje a la capital mexicana, a donde llegó en junio de 1853. Santa Ana lo recibió y firmaron un contrato mediante el cual se comprometía el conde a llevar a Sonora 500 franceses que se desempeñarían como guarnición para contener a los apaches; se les pagaría mensualmente. Poco después Santa Ana revocó el contrato y sugirió a De Raousset que se naturalizara mexicano y sentara plaza en su ejército. El francés rechazó indignado la propuesta y a los dos se les subió la sangre a la cabeza. De Raousset tuvo que escapar del país para salvar la vida; Santa Ana lo desaforó. (2).

Cuando el conde regresó a San Francisco se encontró con que los americanos que le habían ofrecido su concurso se ocupaban en los preparativos de una expedición independiente al mando de William Walker. Parece que no hubo resquemor por cuestiones de rivalidad o celos entre los dos bandos filibusteros. De Raousset, aunque rehusó asociarse a Walker, aparentemente se interesó como amigo en su proyecto. Los preparativos que otros hacían enardecieron la sangre del francés, quien luego puso todo empeño en volver a Sonora, le gustara o no a Santa Ana. Lanzó un llamamiento a los franceses pudientes que al principio parecieron dispuestos a ayudarlo. Pero el rumor de que México había vendido Sonora a Estados Unidos cogió cuerpo en California como resul-

---

(1) California, Vol. III, Págs. 739 - 40, por Hittell.

(2) *Le Drame de la Sonora*, Págs. 99 - 102, por Lambertie.

tado de las negociaciones entabladas por Gadsen, (+) y aunque el conde protestó diciendo que tal cosa era imposible, la incertidumbre paralizó la empresa. El interés público se concentró luego en las actividades de Walker y sus compañeros, lo que por algún tiempo mantuvo eclipsado al francés. La empresa de Walker, no obstante, reavivó accidentalmente el retorno de De Raousset a Sonora, como se verá en otro capítulo.

---

{+} James Gadsen, Ministro de Estados Unidos en México, negoció en 1853 la llamada "compra de Gadsen" que fue la adquisición de territorio fronterizo mexicano para la construcción del ferrocarril transcontinental americano. [N. del T.].

## CAPITULO IV

### La Invasión a Baja California

Walker dejó escrito en su libro que la idea de fundar una colonia americana en Sonora nació de un grupo de compatriotas suyos de Auburn, en el condado de Placer, California, en los primeros meses de 1852. (1). Ellos corrieron con los gastos para enviar a dos representantes a Guaymas (llamábase uno Frederick Emory, de quien se hablará más adelante) con la misión de obtener una concesión de tierras cerca de Arispe, a cambio de resguardar la frontera contra los indios. Los representantes llegaron en el momento más inoportuno, pues el Conde de Raousset acababa de firmar su contrato en nombre de La Restauradora, de modo que la misión fue infructuosa. En vista de que el conde y el General Blanco no pudieron llegar a un acuerdo, y de que los franceses se habían visto obligados a salir de México, los aventureros americanos se reanimaron y reconsideraron su proyecto de Auburn. Fueron seleccionados Walker y Henry P. Watkins, su ex-socio de bufete en Marysville, como delegados del grupo, y salieron para Guaymas en junio de 1853. Su recibimiento no tuvo nada de cordial. El prefecto de la población se negó al principio a revisar el pasaporte que Walker había tenido la precaución de hacerse visar en el consulado de México en San Francisco, y los sometió a un largo interrogatorio. El cónsul americano apoyó calurosamente el proyecto de Walker y se cruzó con las autoridades mexicanas una correspondencia bastante áspera; mas con eso se perdió tiempo y no se ganó nada. Viendo a los mexicanos tan mal dispues-

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 24, por William Walker (EDUCA, San José, Costa Rica, 1970). (N. del T.).

tos, los visitantes comenzaron a hacer sus preparativos de regreso, y estando ya ellos a bordo recibió el prefecto orden del Gobernador Gándara de permitirles pasar a la capital a verlo, pero no confiando en la buena fe del gobierno, salieron de vuelta a San Francisco harto contrariados. En esa ciudad hasta había circulado el rumor de que el gobierno mexicano ofrecía recompensa por Walker, muerto o vivo. (1). Mr. T. Robinson Warren, viajero americano de visita en Guaymas a mediados de 1853, frecuentó el trato de Walker cuya astucia y resolución le impresionaron grandemente. En él vio a un hombre "locamente seguro del éxito", pero que al mismo tiempo era tan ladino que antes de regresarse ya casi había logrado borrar de la mente desconfiada de los mexicanos todo asomo de sospecha. Para que se vea hasta qué grado el aventurero impresionó a este observador imparcial citamos el siguiente párrafo que si bien es largo es también interesante:

"Lo que menos parecía era caudillo militar. De menos que mediana estatura, y muy delgado, me cuesta creer que pesara más de cien libras. Su pelo rubio desteñido lo llevaba siempre despechado; sus cejas y pestañas casi blancas ocultaban unos ojos al parecer sin pupilas, grises y glaciales, y era su cara una apiñadura de pecas anaranjadas. Un conjunto, en fin, insípido. Vestía de manera casi tan estrafalaria como lo era su misma persona. Remataba su cabeza un colosal sombrero blanco de fieltro cuyas alas anchas tembleteaban con la brisa; añádase a esto una muy mal ceñida levita azul de talle corto con botones dorados y pantalones grises abolsados. La suma de todo ello hacía de William Walker el ente más antiestético con quien pudiera uno toparse en todo un día de andar por las calles. Imagínese usted lo que parecería semejante tipo en aquel Guaymas con temperatura de 100° y en donde todo el resto de la población vestía de blanco. Por cierto que la mitad del miedo que los filibusteros infundían a los mexicanos se les quitó al ver a ese

[1] Alta California, 12 de septiembre de 1853.

esperpento de hombre. Pero quienquiera que juzgara a Mr. Walker por su apariencia personal se rajaba de medio a medio. Era introvertido en sumo grado y podía estarse con otros una hora entera sin descoser los labios; pero al interesarse en un tema arrebatava la atención de los demás con la primera palabra que soltara y al seguir hablando se convencía uno de que William Walker no era un cualquiera. Sólo con muy pocos íntimos se franqueaba respecto del proyecto de sus sueños; fuera de ellos con nadie más hablaba de eso". (1).

Aunque malgrado lo de Guaymas, ni Walker ni sus asociados abandonaron el proyecto. Dice él en su libro que estando allí vió y oyó lo suficiente para convencerse de que un reducido número de americanos podía resguardar la frontera de Sonora contra los indios, y que hacerlo, con o sin la sanción del gobierno mexicano, sería un acto humanitario. Como para reforzar la justificación de su conducta, agrega que varias mujeres de Guaymas le pidieron volverse a Estados Unidos y regresar con suficientes americanos para protegerlas de los apaches. (Como el bíblico Adán, quería compartir con alguna Eva la responsabilidad del acto). Exagerados o no, la verdad es que los relatos de terribles atrocidades cometidas por aquellos indios eran causa de alarma en Sonora, y en California lo creían. Periódicos de San Francisco, de los que no se puede sospechar fuesen filibusteristas, como decir el **Alta California**, salían atiborrados de tales especies. El número correspondiente al 15 de septiembre de 1853, por ejemplo, enumera ochenta asesinatos cometidos por los apaches en una semana, y editorializa diciendo que, de no llegarle pronta ayuda del exterior, Sonora sería arrasada totalmente. "Es difícil predecir hasta cuándo terminarán los sufrimientos de la desdichada e inerme gente de Sonora", observa el diario, añadiendo: "No pueden defenderse y el gobierno mexicano no puede protegerlos. Su única esperanza es la guerra y la ocupación de su territorio por

(1) *Dust and Foam; or, Three Oceans and Two Continents*, Págs. 212 - 13, por T. Robinson Warren. (Nueva York, 1858).

tropas estadounidenses". (1). Los relatos no carecían de base, y puede que fueran verídicos. Warren, quien por aquel tiempo vivió en Sonora, tiene mucho que decir acerca de la devastación de esa región del país desde la independencia de México, y la atribuye a la incompetencia del gobierno y al abandono en que tenía a sus estados septentrionales. Podía uno recorrer cien millas de sus más fértiles tierras y no ver señal de vida humana, únicamente ranchos deshabitados, pueblos en donde no había un alma, y sólo unas cuantas reses y caballos cimarrones, restos de lo que había logrado escapar a la rapacidad de los indios. (2).

A la par de estos relatos de las depredaciones de los apaches circulaban noticias referentes a fabulosas riquezas minerales, y en especial de filones de plata cuya explotación sería baratísima. El objeto era, naturalmente, tentar la avaricia de los especuladores y atizar el ánimo de los aventureros para llevarlos a tierras de Sonora. Unas semanas antes del viaje de Walker y Watkins a Guaymas, se emitieron, para ser vendidos en San Francisco, bonos de la "República de Sonora". Estos valores son la mejor prueba del verdadero propósito de los promotores de la expedición. De las tierras que esperaban obtener de las autoridades mexicanas se servirían sólo para introducirse pacíficamente, y ya una vez establecidos en firme se alzarían contra el gobierno proclamando la independencia de Sonora. Va más allá de lo probable que Gándara hubiese sospechado su doblez, y que durante la permanencia de ellos en Guaymas les peleara con las mismas clase de armas. Y es que si el cónsul mexicano en San Francisco vio uno de aquellos bonos de la "República de Sonora", no cabe duda que puso en conocimiento de su gobierno los verdaderos designios de los americanos. La concesión mexicana hubiera ahorrado a los filibusteros las molestias causadas por las autoridades federales de San Francisco y les ha-

(1) Es muy significativo que este editorial apareciera pocos días después del regreso de Walker y de Watkins a Estados Unidos. *Alta California*, 15 de septiembre de 1853.

(2) Obra citada de T. Robinson Warren, Págs. 183 - 4; 201 - 2.

bría librado también de vejámenes al desembarcar en el Norte de México. En otras palabras, habría dado sello de legitimidad a la expedición.

Durante la ausencia de Walker no se suspendieron los preparativos del viaje, y ya de regreso él, en septiembre de 1853, se dieron los últimos toques. La falta de documentos firmados por el gobernador de Sonora explicando que el espíritu de la empresa era de colonización pacífica y que tenía la aprobación de su gobierno, resultó ser un serio contratiempo. A eso de media noche del 30 de septiembre un pelotón de soldados con órdenes del General Ethan Allen Hitchcock aprehendió el bergantín **Arrow**, el que durante varios días había estado recibiendo cargamento sospechoso. Halláronse en sus bodegas pertrechos, baterías de cocina, y equipos de campaña. Muchas de las cajas que contenían estos avíos llevaban el letrero "Regimiento del Coronel Stevenson". Advirtiéndose también que en la cocina estaba todo dispuesto como para dar de comer a un desproporcionado número de hombres.

Hitchcock entregó el barco al jefe de policía del gobierno federal. Walker recurrió ante un juez de tribunal superior y obtuvo auto judicial de desembargo, alegando que se habían apoderado del barco y lo retenían sin justificación legal. El juez falló que el barco no podía ser embargado sin haberse demandado antes por deuda al dueño. Así las cosas, Hitchcock volvió a aprehenderlo poniéndolo bajo custodia del Mayor Andrews con catorce soldados. Cuando el alguacil se presentó con el mandamiento, el mayor lo amenazó con echarlo de allí a viva fuerza. Cualesquiera fuesen las razones de Hitchcock, su proceder podía muy bien ponerlo en dificultades con los tribunales de justicia, y, como era de esperarse, el 8 de octubre se le ordenó exponer sus razones de por qué no se le podía condenar por desacato. Entre tanto Walker puso queja del allanamiento cometido por Hitchcock y R. P. Hammond, administrador de la aduana este último, e interpuso demanda por daños y perjuicios resultantes de la

aprehensión del barco. Cabe hacer saber aquí que uno de los abogados de Walker era Edmund Randolph, aquel su amigo íntimo de Nueva Orleans. Ordenóse dejar en libertad al **Arrow**, y el juez dijo que estudiaría la cuestión del desacato. (1). Las sospechas recayeron en seguida sobre el bergantín **Caroline**, que el 15 de octubre obtuvo permiso de zarpar hacia Guaymas. A la una de la mañana del 16, las autoridades decomisaron cierta cantidad de material bélico que estaba llevándose a bordo; pero, tal vez basados en lo ocurrido con el caso del **Arrow**, no lo aprehendieron. Poco después el **Caroline** levó anclas y zarpó. Con la premura de hacerse a la mar para evitar nuevos tropiezos, quedáronse en el muelle muchos filibusteros, así como los pertrechos decomisados. (2). A bordo iban cuarenta y cinco hombres al mando de William Walker, transformado en coronel; el mismo hombre que antes fuera doctor, abogado, y editor de diarios, y ahora soldado de fortuna filibustero.

Aunque el objetivo final de Walker y del Primer Batallón Independiente —como se llamaba a sus hombres— era Sonora, su reducidísimo número no parecía pero ni siquiera la avanzada de lo que en rigor debía ser un ejército invasor. Su líder tuvo la cordura de sacar provecho de los fracasos sufridos por De Pindray y De Raousset manteniéndose alejado de Guaymas. En consecuencia, resolvió establecerse en Baja California para después de recibir refuerzos someter ese estado e instalar allí su cuartel general de operaciones contra Sonora. Sin embargo, parece ser que dejó los detalles de esta campaña a la ventura, a lo que deparara la suerte. Dedúcese esto de su constante peregrinar después del desembarco. El 28 de octubre el **Caroline** recaló en Cabo San Lucas y de allí siguió a La Paz, en donde los expedicionarios desembarcaron el 3 de noviembre; prendieron al gobernador, arriaron la bandera mexicana e izaron la de la República de Baja California. Todo esto les llevó, si acaso, una media hora.

(1) **Alta California** del 2, 9, y 11 de octubre de 1853; **Annals of San Francisco**, Págs. 474 - 80, por Soulé.

(2) **Alta California**, 18 de octubre de 1853.

Entre tanto, echó mano del arma en que era más ducho, la pluma, y lanzó su primer manifiesto: "Proclámase por el presente decreto la República de Baja California libre, soberana e independiente, y repúdiase para siempre su lealtad a la República de México". Suponíase que con este lacónico úcase se había creado una nueva república que debía ocupar un puesto digno entre las demás naciones del mundo. Seguidamente Walker asumió funciones de "Presidente". La solemne seriedad de este hombre hace aparecer más cómico el acto. Cuatro días después se dictaron por bando dos decretos más; uno, de nueve palabras, establecía la libertad de comercio con todo el mundo; el segundo declaraba en vigencia el código civil y el derecho consuetudinario del estado de Luisiana como "pautas de los fallos y de la ley del país, en todos los tribunales de la República que de aquí en adelante se establezcan". (1). Algunos críticos de Walker atribuyen a este último decreto el siniestro subterfugio de que por medios indirectos, temiendo hacerlo derechamente y a las claras, quería convertir a su nueva república en un mercado de esclavitud africana. (2). Siendo Luisiana un estado esclavista, decían, la implantación de su sistema jurídico en Baja California no podía tener otro propósito que el de introducir allí aquella peculiar institución. No se les ocurre pensar, sin embargo, que las legislaciones de México y Luisiana tenían un mismo origen y eran en muchos aspectos semejantes, y por cuanto Walker conocía a fondo el código civil de Luisiana, lo que con ello hacía era introducir en su gobierno leyes que para él y los hijos del país eran cosa conocida. De haberse sostenido Walker en Baja California sin duda habría estudiado el asunto de la extensión de la esclavitud y muy probablemente la hubiera patrocinado, pero los que en el decreto del 7 de noviembre ven tal propósito simplemente prejuzgan a Walker basándose en sus actos posteriores.

Habiéndose dado cuenta de que La Paz no era lugar adecuado para sede de su gobierno, permaneció allí sólo tres

(1) *Alta California*, 8 de diciembre de 1853.

(2) *History of California*, Vol. III, Pág. 763, por Hittell.

días y luego enfiló rumbo a San Lucas, llevándose a Espinosa (el gobernador cautivo) y los archivos del estado. En esos momentos entraba en la bahía un barco mexicano con el Coronel Rebolledo, el nuevo gobernador que venía a sustituir a Espinosa. Fue también hecho prisionero y llevado a bordo del **Caroline**. Antes de zarpar bajaron a tierra seis hombres en busca de leña; los paceños los recibieron a balazos. Con esto se rompieron las hostilidades. Walker desembarcó con treinta hombres, y se entabló un tiroteo de hora y media; los filibusteros volvieron en seguida al barco pretendiendo haber obtenido una gran victoria e igual cosa reclamaron para sí los mexicanos. (1).

El 8 de noviembre llegó Walker a San Lucas. Un guardacostas mexicano que doblaba el cabo pasó de largo. Apenas desembarcados vieron los filibusteros que en ese lugar no podrían obtener bastimentos para una fuerza numerosa, así que al día siguiente se reembarcaron dirigiéndose a Ensenada, una cien millas al Sur de San Diego, California, sobre la costa occidental de la península. Aquí tuvieron por un tiempo su cuartel general, pues el lugar era defendible y además a propósito para esperar la llegada de refuerzos.

La refriega de La Paz fue pregonada en California como un gran triunfo de Walker que "libera a Baja California del yugo tiránico de un México decadente y crea una nueva república". (2). Tan pronto como llegó la noticia a San Francisco se abrió oficina de enganche en una esquina de las calles Kearny y Sacramento, donde se izó la bandera de la nueva república. No se hizo ningún alboroto; todo parecía una cosa común y corriente. Era manifiesto que la opinión pública respaldaba a los filibusteros. (3). El mismo día que se recibió la noticia de La Paz se celebró un mitin en uno de los

(1) La versión filibustera está en el *Alta California* del 8 de diciembre de 1853; la versión contraria que llegó más tarde a Estados Unidos puede verse en el mismo diario del 3 de enero de 1854.

(2) Corresponsal del *Alta California* en San Diego, 8 de diciembre de 1853.

(3) *Reminiscenses of a Ranger*, Pág. 212, por Bell; *Alta California*, 10 de diciembre de 1853.

cuarteles de bomberos, y allí mismo se enrolaron unos cincuenta voluntarios más. Desilusionados buscadores de oro y muchos otros a quienes la veleidosa fortuna no les había querido sonreír en el Oeste ni en ninguna otra parte, pretendían ahora ir a cortejarla a Baja California pensando que si la buena estrella no les alumbraba en esas tierras, no podrían pasarla allí peor que en San Francisco. Cierto es que un golpe de suerte y fama lo veían muy remoto, pero por lo menos tendrían sorpresas y aventuras. El General Hitchcock, quien antes los hostilizara tanto, había sido trasladado a otra plaza, y su sucesor, el General John E. Wood, no llegaba todavía. Las autoridades civiles permanecían impasibles. Valores de un dólar de la nueva república vendíanse públicamente por sólo diez centavos. (1). Cinco días después la nueva expedición estaba lista ya y el 13 de diciembre por la noche 230 hombres se hicieron a la vela en el **Anita**, buque de tres palos, bajo el mando de Watkins. (2). Se incorporaron a Walker en Ensenada. Mientras estuvo allí en forzada permanencia, el presidente, si hemos de creer los comunicados de su cuartel general, instauró su nuevo gobierno sobre bases sólidas y estables. Componíase el gabinete de secretarios de estado, de guerra, y de marina, más cuerpos militares y navales. Frederick Emory, Secretario de Estado, por no haber mucho que hacer en su despacho, fue enviado a la vecina gran república del Norte a enrolar más gente y tratar de conseguir nuevas aportaciones de dinero para la causa. Y entonces, como se verá más adelante, tuvo Emory dificultades con las autoridades federales. Charles H. Gilman, quien ostentaba el grado de capitán de batallón, y que en esta campaña perdería una pierna, a pesar de sus sufrimientos y

(1) *Annals of San Francisco*, Pág. 479, por Soulé, Gihon, y Nisbet.

(2) Las escenas de la salida del **Anita** gráficamente descritas en *Walker's Expedition to Nicaragua*, Págs. 30 - 2, por William V. Wells, (Nueva York, 1856). Muchos de los reclutas habían celebrado la partida bebiendo copiosamente, y a pesar de los esfuerzos de sus líderes para que se estuviesen quietos y callados a fin de evitar que las autoridades lo supieran, ellos cantaban y gritaban a todo pulmón; pero por suerte las autoridades no se percataron de nada. Como consecuencia de su partida, dice Soulé, el cronista de San Francisco, "en los juzgados de la ciudad hubo menos movimiento cotidiano, y la urbe se vio felizmente purgada de aquella vieja cateria de vagos y pendencieros".

grande impedimenta, iría dos años más tarde a acuerpar a Walker en Nicaragua. (1). El 30 de noviembre dirigió Walker un memorial al pueblo de Estados Unidos dando sus razones. "Es", decía, "rendir honor a la nación que más celosamente ha mantenido la independencia de los estados americanos, revelar por qué ha sido creada otra república en los linderos de la gran Unión". Hacía observar que la península, por estar geográficamente aislada del resto de México, había sido lamentablemente descuidada, y que a fin de "desarrollar los recursos de Baja California y de implantar en ella una eficaz organización social, ha sido necesario independizarla". (2). El espectáculo de un hombre que aún no ha llegado a los treinta años, rodeado de unos cuarenta desajustados sociales que constituían su apoyo, explicando con toda solemnidad a veinticinco millones de personas por qué había creado una nueva nación en sus fronteras, requiere la pluma de un Cervantes para pintarlo de cuerpo entero. Pero cosas más extravagantes habrían de verse todavía.

Mientras esperaba refuerzos en Ensenada, Walker fue atacado por los mexicanos, y durante varios días sus hombres estuvieron encorralados dentro de una casa de adobes en la que se habían guarecido. Por fin, en la mañana del 14 de diciembre Walker resolvió romper el cerco poniéndose a la cabeza de su tropa, y pidió voluntarios. Pero sus hombres lo convencieron de que siendo él el jefe de todos no debía arriesgar la vida; el mando recayó entonces en Crocker, quien impetuosamente se lanzó a la carga con veinte más que pusieron en fuga a los sitiadores. En la arremetida murió el Teniente McKibbin; la casa fue bautizada en su honor con el nombre de Fuerte McKibbin. Durante el sitio el **Caroline**, sin

---

(1) La lista completa de funcionarios era ésta: William Walker, Presidente; Frederick Emory, Secretario de Estado; John M. Jarnigan, Secretario de Guerra; Howard H. Snow, Secretario de Marina; Charles H. Gilman, Capitán de Batallón; John McKibbin, Teniente Primero; Timothy Crocker, Teniente Segundo; Samuel Buland, Teniente Tercero; William P. Mann, Capitán de Marina; A. William, Teniente Primero de Marina; John Grundall, Teniente Segundo de Marina. Un hombre, de cada cuatro, como se ve, era miembro de gabinete u oficial del ejército.

(2) **Walker's Expedition to Nicaragua**, Pág. 245, por Wells.

saberse por qué, levó anclas llevándose lo más de las vituallas. Es posible que los dos gobernadores que estaban prisioneros a bordo hubiesen sobornado a la tripulación. El 28 llegó el **Anita** con los largamente esperados refuerzos, pero sólo de hombres y armas, nada de comestibles. (1). Walker tenía ahora doscientas bocas más que alimentar de sus ya menguados bastimentos. No quedaba otra alternativa que comenzar a batir las tierra del contrario para surtirse de víveres. El ataque sufrido dos semanas antes fue entonces un oportuno pretexto para vivir del enemigo.

El 29 Walker envió sesenta hombres a atacar a un reconocido bandolero mexicano apellidado Meléndrez, quien se había acuartelado en el cercano pueblo de Santo Tomás; lo desalojaron de allí y le cogieron gran número de reses y caballos basándose en que siendo los animales propiedad del bandido, pertenecían por ley al gobierno. (2). Para comer los filibusteros ya no tenían más que maíz y carne, lo que, naturalmente, causó descontento y desertiones. Watkins volvió inmediatamente a Estados Unidos en busca de más gente; los nuevos que llevó contrarrestaron por un tiempo las desertiones. (3).

No pensaba Walker permanecer en la desolada península ni un día más de lo necesario, puesto que Sonora había sido siempre su único norte. De modo que sintiéndose ya lo suficientemente fuerte para emprender su soñada empresa, comenzó a hacer los preparativos de marcha sobre Sonora buscando el camino del Río Colorado. Confiscó a los rancheros hostiles de las inmediaciones todo aquello que él y los suyos podían necesitar. Destazáronse reses para llevar car-

- (1) Entre esos hombres llegó una mujer, Mrs. Chapman, esposa de uno de los capitanes de Walker. Prestó ella servicios atendiendo a los enfermos y heridos.
- (2) **Alta California**, 10 de enero de 1854.
- (3) Algunos, sin embargo, encontraron en el camino a desertores que volvían de Baja California, y las tristes historias que escucharon hicieron que muchos futuros filibusteros se regresaran. El 26 de enero no menos de ciento veinticinco zarparon de San Francisco a bordo del vapor Goliath para San Diego. De esta ciudad los voluntarios salieron como pudieron a engrosar las filas de Walker. **Alta California**, 27 de enero y 4 de febrero de 1854.

ne salada; domáronse potros chúcaros para poderlos montar, y de esta doma muchos hombres resultaron estropeados. (1). Y aquí emitió entonces los más quijotescos de todos sus decretos, cuatro en total, y todos fechados el 18 de enero de 1854. Mediante ellos anexó Sonora a su República de Baja California, cambió a ésta el nombre por República de Sonora dividiéndola en dos estados: Sonora y Baja California, y trazó sus límites. Todos los decretos expedidos en nombre de la República de Baja California quedaban en vigor como decretos de la República de Sonora; Walker pasó a ser presidente y Watkins vice-presidente. A los americanos de fino sentido humorístico el sainete de estos pronunciamientos les supo a gloria. "Walker es un auténtico Napoleón", decía el editorial de un diario, "de quien al igual que el Gran Corso bien puede decirse que dispone de cortes, coronas y cuarteles como de simples piezas de ajedrez". Santa Ana debiera estar agradecido de que el nuevo presidente no se hubiera adueñado más que de Sonora. Lo mismo de fácil y barato le hubiese resultado anexarse de una sola vez a todo México; y así se habría evitado la molestia de lanzar nuevas proclamas". El episodio recuerda al autor de este libro el reyecito de un pueblo africano que figura en las páginas de Mungo Park. Después de atiborrarse de leche de camella y de maíz molido, el soberano negro ordena a su primer ministro salga a sonar la gran trompeta y pregone que todo mundo puede ya irse a comer. Por mucho tiempo se tuvo este cuento como el colmo del ridículo, pero Walker logró eclipsar al gran marca de color. (2).

El descontento entre los hombres de Walker crecía juntamente con la ociosidad y la miserable alimentación que ya tenía a muchos a punto de amotinarse. Finalmente, la orden de quitarle a la compañía del Capitán Davidson unos caballos llevó las cosas al borde de la explosión. Estos hombres tenían los caballos por suyos y se negaban a entregarlos porque sabían que iban a dárselos a otros. La ebullición

(1) *Alta California*, 30 de enero de 1854.

(2) *Alta California*, 30 de enero de 1854.

subió a tal grado que el líder formó a la tropa, les habló y antes de terminar su alocución les pidió jurasen lealtad. Unos cincuenta, en su mayoría miembros de la compañía de Davidson, se negaron. Pidióseles salir del campamento en el término de dos horas, y después de llenarse los bolsillos de maíz cogieron sus armas y tomaron el camino de San Diego. Les cortó el paso un oficial conminándoles a dejar sus armas en el campamento. Al no obedecer la orden sacó él su revólver y ellos empuñaron sus armas retándole a disparar primero. El oficial se volvió a sus soldados ordenándoles hacer fuego sobre los desertores; pero ellos rehusaron sin formar filas siquiera. Algunos de los más fogosos partidarios de Walker apuntaron un cañón de montaña contra el grupo desertor; Walker pasó trabajos conteniéndolos. Entonces, acompañado de un pelotón de leales, los alcanzó, les habló con afabilidad instándoles a regresar para que se llevaran mayores raciones de comida y dejaran las armas en el campamento, pues los hombres que se quedaban, les dijo, necesitarían más que ellos. Dos entregaron sus rifles y otros destrozaron los suyos contra las peñas. Luego continuaron rumbo a San Diego donde obtuvieron pasaje gratis en vapor a San Francisco. (1).

Desertores, heridos, y enfermos, redujeron el número de filibusteros a ciento treinta. Un bergantín de la marina mexicana bloqueó la entrada de la bahía para impedir la llegada de nuevos refuerzos, y el 11 de febrero el barco de guerra americano **Porstmouth** entró en el puerto; la oficialidad visitó a Walker en su cuartel. Esta visita parece haber sido de mal agüero para los filibusteros pues Walker apresuró su marcha, clavó y enterró todos sus cañones a excepción de uno que se llevó, y dejó ocho enfermos y heridos de quienes cuidó el Capitán Dorninn del **Porstmouth** conduciéndolos a San Diego. (2).

(1) **Alta California**, 4 de febrero de 1854.

(2) **Alta California**, 22 de febrero de 1854

Los filibusteros salieron de Ensenada el 13 de febrero, el 16 llegaron al pueblo de Santo Tomás, y el 17 siguieron viaje a San Vicente. Aquí trató Walker, por primera vez, de ejercer cierto dominio político sobre los hijos del país. El 28 convocó a una "asamblea" de mexicanos de la vecindad, a la que asistieron sesenta y dos. Recibióse a los delegados con todos los honores militares, lo cual sin duda no se hizo sólo por simple ceremonia protocolar. Después de los cumplidos vino el juramento de lealtad; los delegados lo hicieron voluntariamente, según el decir de los filibusteros, y a la fuerza según versión de los enemigos de Walker. Sea como fuere, el acto revistió la solemnidad que permitían las circunstancias. Púsose una mesa en campo abierto. Ante ella se colocaron en arco dos banderas de la República de Sonora. El presidente, su gabinete, y un cuadro de oficiales, estaban de pies a un lado de la mesa, y "un miembro del Poder Judicial" (creado para el caso) con un intérprete al otro lado. Uno a uno fueron arrimando los mexicanos, daban su nombre, juraban, y luego pasaban bajo el arco de banderas en prueba de sumisión. Después que hubo desfilado el último hombre retumbó el cañón, los soldados vitorearon y unos alemanes que desde California habían llevado sus instrumentos musicales tocaron aires marciales. Al día siguiente se lanzó una proclama titulada "Declaración de los habitantes del Estado de Baja California, de la República de Sonora, a su Excelencia el Presidente". Aparentemente, esto era el resultado de las deliberaciones de la "asamblea". Decía el papel que los delegados se habían congregado voluntariamente, se encumbraba por las nubes y se ensalzaba la conducta de los hombres de Walker, y terminaba con la promesa de que los firmantes le servirían con lealtad hasta la muerte. Todas y cada una de las frases de la "Declaración" refutan su autenticidad. Fue inspirada, si no escrita, por el propio Walker y redactada con los cinco sentidos en forma que fuese un mentís a las noticias propaladas en Estados Unidos respecto del mal trato de que estaban siendo víctimas los mexicanos. Y aún cuando no hubiese otra razón para dudar de la autenticidad del documento, su última frase la pregona: "Rogamos a su Excelen-

cia que los víveres de que disponemos, y los que más tarde podamos recolectar, pasen a su poder cuando la orden de requisición esté firmada por su comisario, la cual requisición siempre será gustosamente atendida, confiando en que seremos recompensados . . ." (1). Ciertamente que la creencia del líder filibustero en las tragaderas del pueblo americano —si suponía que iba a engañarlo con ese candoroso ardid— debe haber sido muy firme. Aun cuando semejante tontera no le allegara amigos a Walker, parece que tampoco le causó ningún perjuicio. Y la verdad es que este y todos los demás hechos reveladores de que él y los suyos se encontraban en situación desesperada sirvieron más bien para granjearles la simpatía de sus compatriotas.

El presidente de Sonora se encontraba todavía lejos de su meta. La intervención gubernativa en San Francisco había paralizado el envío de refuerzos, y a causa de las deserciones y de la creciente hostilidad de los mexicanos, la posición de Walker se hacía más y más difícil cada día. Mas no por esto se crea que su campamento fuera una toltería anárquica, porque en materia de reglamentos militares el líder era un rígido disciplinario y puntilloso hasta la exasperación. Para hombres que nunca habían sabido lo que era disciplina ni refrenar sus pasiones, esa sujeción era insoportable y, por consiguiente, origen de numerosas deserciones. Un caso que ilustra la severidad con que se aplicaban los reglamentos ocurrió dos días después de la convención de San Vicente. Cuatro hombres fueron acusados de ser los instigadores de un grupo que quería desertar; Walker ordenó fusilar a sus dos cabecillas y azotar a los otros dos para en seguida expulsarlos del campamento. (2). Por fin, el 20 de marzo se emprendió viaje a Sonora. Dejéronse veinte hombres de guarnición en San Vicente, y con cien más y una partida de ganado Walker cogió rumbo al Este en marcha por los ásperos caminos de las sierras hasta el Río Colorado. El viaje duró dos semanas; eso tardaron en cruzar un territorio que en línea recta serían dos-

(1) *Alta California*, 15 de marzo de 1854.

(2) *Alta California*, 15 de marzo de 1854.

cientas millas. En el camino perdieron algunas reses, y traicioneros baqueanos indígenas se llevaron otras. (1). Después de muchos sufrimientos los hombres pudieron llegar al Colorado, seis millas arriba de su boca. Tan ancho, vertiginoso y profundo es allí el río que no pudieron hacer pasar el ganado a la otra orilla. Los hombres lo cruzaron en balsas, pero las reses que echaron a nado se ahogaron todas. Estaban por fin en Sonora, pero el territorio que tenían por delante era tan inhóspito como el que acababan de dejar. Los hombres sin haberse cambiado de ropa desde su salida de San Francisco, iban ya en andrajos. El propio Walker llevaba una sola y desguzada bota. Seguir adelante sin tener carne que comer era imposible: quedarse donde estaban significaba morir de hambre. El poblado más cercano donde tal vez podrían abastecerse era el Fuerte Yuma, unas setenta millas río arriba, al otro lado de la frontera con Estados Unidos. Cincuenta desertores que cogieron para allá arralaron más la tropa. La expedición se había desintegrado. Los hombres parecían más que todo resentidos por querer Walker mantener una terca actitud de dignidad en tan angustiosa indigencia, y por su aparente insensibilidad ante sus padecimientos. Nunca les permitió olvidarse de que él seguía siendo su líder y también su presidente. (2).

Después de tres días en Sonora Walker y el resto de su castigada tropa recruzaron el río para volver sobre sus pasos hasta San Vicente, y se regresaron sobre todo porque no tenían otra alternativa. Al entrar en el pueblo el 17 de abril supieron que la pequeña guarnición que dejara el 20 de marzo había sido atacada y exterminada por Meléndrez. Este apareció en seguida en las afueras con sus hombres gritando improperios a los filibusteros y arrastrando por el suelo una bandera capturada de la República de Sonora. Desde ese día hasta el momento en que Walker se entregó a oficiales

(1) Arthur W. North, en su obra **Camp and Camino in Lower California**, Págs. 53 - 4 (Nueva York, 1910), señala la ruta seguida por Walker hasta el Colorado. Como él recogió esa información de boca de indios cincuenta años después, habrá que tomar con mucha cautela sus datos.

(2) **Alta California**, 26 de abril de 1854.

del ejército de Estados Unidos, Meléndrez y su gente hostigaron tenazmente a los hombres de Walker, pero sin atreverse nunca a presentar combate en toda forma. Los mexicanos enviaron una nota bajo bandera de paz ofreciéndole a Walker dejarlo salir del país sin ser molestado si antes sus hombres les entregaban las armas. No confiando Walker en promesas mexicanas, rompió la nota y echó del cuartel al emisario.

El acoso de Meléndrez mortificaba al remanente de filibusteros, que entonces pusieron sus ojos en la frontera americana. En el camino hacia allá la caballería mexicana remolineaba continuamente en torno haciendo la vida más insostenible todavía en aquellos ya abatidos hombres. Cerca de la frontera Meléndrez insistió en no dejarlos pasar si antes no le entregaban las armas. Walker mandó a decirle que viniera a quitárselas. El cabecilla mexicano participó también al Mayor J. McKinstry, comandante de la plaza de San Diego, su propósito de capturar a Walker, y recibió garantías de que el gobierno americano no intervendría en nada. La noticia de que Walker se acercaba hizo salir de la ciudad a muchos habitantes que treparon a una loma a presenciar el inminente choque. Meléndrez se interpuso entre Walker y la guardarraya para cortarle el paso, pero al llegar a cierto punto el líder filibustero ordenó a su "vanguardia" cargar de frente dando gritos de guerra; los mexicanos picaron espuelas apartándose al galope. En la frontera saludó Walker al Mayor McKinstry y al Capitán H. S. Burton, a quienes él y sus hombres se entregaron prometiendo bajo palabra de honor presentarse en San Francisco al General John E. Wood, para responder por el cargo de haber infringido la ley de neutralidad de Estados Unidos. Treinta y tres hombres además del propio Walker firmaron la promesa de honor; esos eran todos los que le quedaban al caudillo al final de su carrera como presidente de Sonora. Walker se rindió el día que cumplía treinta años de edad, 8 de mayo de 1854. Una semana más

tarde el grupo entero estaba en San Francisco esperando el juicio que abriría en su contra las autoridades federales. (1).

El desapasionado veredicto de la historia debe condenar el episodio de Baja California como inexcusable invasión a un pueblo inofensivo. Los elevados principios morales sobre los cuales Walker basó su defensa —de que los preceptos humanitarios están por encima de la ley de las naciones— fuéronle más tarde aplicados en perjuicio propio. Por otra parte, es innecesario examinar los méritos de las circunstancias atenuantes de su argumento de que él acometió la empresa para defender a los desvalidos sonorenses de las tropelías de los indios, aunque no es improbable que Walker lograra convencerse a sí mismo de la verdad de eso. No obstante, es muy probable, que de los dos males los sonorenses hubiesen preferido los indios a los filibusteros.

Es muy fácil señalar los errores estratégicos de la expedición. El aventurarse a invadir un territorio enemigo con sólo cuarenta y cinco hombres; no tener un plan definido de campaña, salir para Guaymas, pero desembarcar en La Paz, luego retroceder doblando el cabo de San Lucas de vuelta a Ensenada, y de allí irse rodando de pueblo en pueblo de arriba para abajo, y después enderezar rumbo a Sonora sobre una ruta desértica llena de obstáculos imprevistos, para por último volver sobre sus pasos al topar con una barrera infranqueable. Tales errores demuestran palmariamente que William Walker carecía de las cualidades esenciales de un verdadero capitán. Por otro lado, debemos considerar las enormes dificultades con que tropezó. Para imponerse a esos hombres cerriles tenía que domarlos como a caballos salvajes; sus provisiones de guerra y boca eran sumamente limitadas, y los refuerzos y el apoyo de sus conciudadanos eran, cuando más, inciertos y esporádicos. Muchos se incorporaron a la expedición en busca de aventuras o de vetas vírgenes de minerales preciosos. No es de sorprenderse pues que, al

(1) *Alta California*, 16 de mayo de 1854; *Walker's Expedition*, Pág. 276, por Wells.

no encontrar ni lo uno ni lo otro, y sí sólo la fastidiosa vida de campamento en territorio casi desolado, no es de sorprenderse, repetimos, que sus hombres desertaran en la primera oportunidad. Y las deserciones no fueron por falta de disciplina sino más bien por exceso de ella. El hecho de que después de este fracaso Walker no fuese ridiculizado se debió a su reconocida entereza de carácter. El hombre que supo hacer frente a tantos peligros, sin amilanarse y que nunca ni por un momento perdiera su sangre fría y señorío, debía ser causa de la admiración de los pioneros californianos; éstos lo ensalzaron como héroe.

Falta ahora un punto que aclarar. Hasta dónde guiaba a Walker en esta empresa el deseo de extender la esclavitud? Si hemos de creer a ciertos escritores, la idea de extenderla era la base de todo el andamiaje. (1). Todo norteamericano inteligente de ese tiempo sabía perfectamente bien que a la expansión territorial hacia el Sur seguiría probablemente la extensión de la esclavitud; y por eso es que muchos escritores de hoy día suponen que en aquellos días toda expansión hacia allá tenía que ser promovida y realizada por partidarios de la esclavitud. Partiendo de esa premisa llegan naturalmente a la conclusión de que Walker era agente o instrumento de ese bando. Y hasta hubo escritor que se atreviera a afirmar que Walker salió de Nueva Orleans a California con el único propósito de agrandar los dominios de la esclavitud. (2). En apoyo de su aserto alegan, primero, que Walker se inspiró en el movimiento que contra Cuba se centralizó en Nueva Orleans cuando él editaba un diario en esa ciudad; segundo, que contaba con el apoyo del núcleo esclavista de Washington, como se asegura por el hecho de que el General Hitchcock fuera relevado de su cargo de comandante del Departamento del Pacífico por Jefferson Davis, Secretario de Guerra, inmediatamente después de haber impedido aquél la salida del **Arrow**; y, tercero, que una de las primeras dispo-

(1) Véase, por ejemplo, una carta publicada el 24 de diciembre de 1853 en el *Alta California*.

(2) *Los Filibusters Americanos*, por Augusto Nicóise. (París, 1860).

siones de Walker en Baja California fue implantar allí la legislación del estado esclavista de Luisiana. En uno de los capítulos anteriores queda refutado el primer argumento demostrándose que Walker, siendo periodista en Nueva Orleans, se opuso al movimiento filibustero contra Cuba. El segundo entraña mayores alcances, ya que sugiere la existencia de una conspiración general de parte de los elementos esclavistas para distender sus fronteras a costa de la nación mexicana, y supone cierta subrepticia conexión entre el anónimo abogado de Marysville y un alto funcionario del gabinete presidencial. A este respecto se cuenta, por suerte, con el testimonio del diario personal del General Hitchcock, quien el 16 de diciembre de 1853, dos meses después del caso del **Arrow**, apunta: "El correo de hoy trae carta del nuevo Secretario de Guerra aprobando mi actuación. Confírmase orden anterior Conforme a mi grado honorario se me asigna el mando del Departamento del Pacífico, verdadera cortesía ésta puesto que hay muchos oficiales de mayor rango que no tienen bajo su mando ningún departamento . . . He pedido licencia para irme al Este del país por la vía de China, India, Etc." (1). El 2 de febrero de 1854 Hitchcock anota en su diario que sabe será reemplazado por el General Wool, dando como razón de ello el ser íntimo del General Scott, a quien Pierce y Davis malquieren. No hay el más leve indicio de que su relevo como Jefe del Departamento del Pacífico estuviese en alguna forma relacionado con su oposición a Walker. Añádase que, si tal hubiera sido el caso, Davis habría por lo menos tenido el cuidado de relevarlo con algún otro oficial más simpatizante de los filibusteros que el General John E. Wool. Este, como se verá en el próximo capítulo, les aplicó medidas mucho más extremas que Hitchcock.

Si en realidad Walker hubiese ido a pelear en provecho del partido esclavista, lo natural habría sido que los diarios sureños defendieran su causa. Pero no, el **True Delta**, de

(1) *Fifty Years in Camp and Field: Diary of Major-General Ethan Allen Hitchcock*, editado por A. A. Croffutt, Pág. 405. (Nueva York, 1909).

Nueva Orleans, con fecha 27 de diciembre de 1853, habla de los filibusteros del "Presidente Walker" poniéndolo sardónicamente entre comillas; y el **Picayune** del 15 de enero de 1854 manifiesta que los hombres de Walker "son unos jóvenes atolondrados", y que su expedición es "una empresa absurda y temeraria, y si logran salir con vida que se consideren dichosos de no haber podido internarse más adentro".

Todos estos hechos demuestran que la expedición a Sonora no fue un movimiento calculado por sureños para distender sus fronteras esclavistas. Si tal hubiera sido, la empresa habría visto el triunfo más de cerca. Y hay menos razón para creer que Walker fuera entonces agente de los partidarios de la esclavitud que si se dijera que De Pindray y De Raousset-Boulbon hubiesen sido agente de Luis Napoleón. (+).

---

{+} Sospechábase en aquellos días que este Bonaparte, desde su trono de Francia, urdía planes de colonización en América. (N. del T.).

## CAPITULO V

### Los Filibusteros ante los Tribunales

El 9 de enero de 1854 fue un día aciago para los filibusteros americanos y franceses de la costa del Pacífico, pues en esa fecha el Secretario de Guerra Jefferson Davis nombró jefe del Departamento del Pacífico al Mayor General Honorario John E. Wool. (1). Al día siguiente de su nombramiento escribió Davis pidiéndole instrucciones respecto de la actitud que debía tomar en relación con las expediciones a Baja California que, según últimas noticias, eran causa de muchos comentarios en San Francisco. Davis le contestó el 12 diciéndole que su deber era "acatar los compromisos internacionales impidiendo la salida de expediciones atentatorias a territorios de naciones extranjeras". Estamos seguros, añadía, de que usted, con los medios de que dispone, hará cuanto pueda por descubrir los preparativos que se estén haciendo para enviar expediciones armadas contra países con los cuales Estados Unidos está en paz, y también confiamos en que cooperará activamente con las autoridades civiles en el mantenimiento de la ley de neutralidad. (2).

El 14 de febrero, apenas llegado a San Francisco, Wool arremetió resueltamente contra el filibusterismo. El 1 de marzo comunicó a Davis que había arrestado a Watkins, desbaratando así la oficina de enganche de Walker. Decíale también que seguía de cerca la pista del Conde Raousset, a quien consideraba uno de los adláteres de Walker. El 15 le informó haber arrestado en San Diego a Frederick Emory, Se-

(1) House Ex. Doc. No. 88, 35 Cong., 1 Sess., 5

(2) Ibid 6

cretario de Estado de Walker, y a otros de sus adeptos. (1). Entre éstos se hallaban el Mayor Baird, el Capitán Davidson, y el Doctor Hoge, médico al servicio de Walker. (2).

El 1 de marzo el gran jurado de acusación convocado para el caso acumuló suficientes pruebas en contra de Watkins, Davidson y Baird; el juicio de Watkins se abrió el 20. Sus abogados defensores fueron Edmund Randolph y Henry S. Foote, ex-gobernador de Misisipí. Los testigos de cargo declararon que Watkins había fletado el **Anita** y héchose cargo del reclutamiento de refuerzos para Walker; que el barco transportó armas y municiones; que durante la travesía los hombres se ejercitaron militarmente a bordo; que Watkins tuvo el mando del barco hasta llegar a Ensenada, y que también lo trajo de regreso después de haber dejado a los hombres en aquel puerto. En defensa del acusado Randolph alegó que Watkins no cometió ningún acto hostil contra México sino hasta que hubo salido de la jurisdicción territorial de Estados Unidos. Que su único delito por tanto fue, estando en territorio estadounidense, el **haber pensado**, pero que no se le podía juzgar por lo que **había hecho** en México. Foote alegó que la ley de neutralidad era inconstitucional. El Fiscal Mr. S. W. Inge. (3). Recapituló en nombre del gobierno diciendo que los defensores no habían podido desvirtuar ninguno de los testimonios acusatorios. Señaló que la expedición había infringido la ley, y luego trató de influir en el ánimo de los miembros del jurado, algunos de los cuales eran prominentes hombres de negocios, diciéndoles que un filibusterismo triunfante causaría un daño positivo a la ciudad y al estado, ya que al embarcarse y salir hombres en esa empresa disminuiría el número de sus habitantes, lo cual significaba la devaluación automática de la propiedad. La exhortación del Juez Hoffman al jurado no favoreció en nada al acusado. Que no hicieran caso, advirtió, del alegato referente a la

(1) House Ex. Doc., No. 88, 35 Cong., 1 Secc., 10, 19. Emory fue arrestado el 8. *Alta California*, 15 de marzo de 1854.

(2) *Alta California*, 3 de marzo de 1854.

(3) Inge era sureño, nativo de Alabama.

inconstitucionalidad de la ley de neutralidad, toda vez que ese punto ya lo había dilucidado el más alto tribunal de la nación. "No pido condena, ni tampoco absolución, pero sé que en este caso, por el honor y prestigio de la patria y del gobierno, es forzoso que el veredicto se ajuste a la ley y a las pruebas aducidas, sin tomar en cuenta la torrentosa fraseología de los abogados defensores". (1). Después de cinco horas de deliberación el jurado pronunció veredicto condenatorio contra Watkins, pero recomendó clemencia al juez. Este le impuso multa de \$ 1.500 advirtiéndole que lo castigaba levemente porque con su condena quedaba vindicada la justicia. "Se asombrará la piadosa gente de nuestra costa atlántica", dijo el **Alta California**, "al saber que en San Francisco se ha hecho, para vergüenza de esas ciudades, lo que nunca han podido hacer Nueva York ni Nueva Orleans". (2).

El juicio del Capitán Davis se abrió una semana después, pero el fiscal, por falta de pruebas que presentar al jurado, declaró que desistía de la acusación. Y a la semana siguiente Frederick Emory, el secretario de estado de Walker, al ser instruido de cargos, se confesó culpable. Igual que a Watkins, se le impuso multa de \$ 1.500. (3). Al otro día el juez dictó auto de segura y formal prisión contra Watkins y Emory ordenando al jefe de policía federal encarcelarlos hasta que hicieran efectiva la multa; se les buscó pero no aparecieron por ninguna parte. Al día siguiente sí fueron hallados y conducidos ante el Juez Hoffman. Declararon no tener por el momento con qué pagar, pero que lo harían en cuanto no más pudieran. Hoffman les prometió dejarlos en libertad si se declaraban insolventes; al rehusarse ellos, el juez dijo que estudiaría el caso. Y ahí terminó todo.

Con el arresto y condena de los dos más conocidos cómplices de Walker, el derrumbe de la República de Sonora

[1] Ogden Hoffman, el juez, fue nombrado en Nueva York y tenía menos de treinta años cuando ocupó ese cargo judicial.

[2] **Alta California**, 24 de marzo de 1854.

[3] **Alta California**, 4 y 11 de abril de 1854.

parecía sólo cuestión de pocas semanas, de modo que el interés en la empresa decayó visiblemente. En el interín, el Conde de Raousset, a quien vimos escapar a la ira de Santa Ana, apareció otra vez en escena. Cuando ya comenzaba el francés a verlo todo negro porque pensaba que nunca más podría regresar a Sonora, la ocasión se le presentó propicia y de improviso gracias a Walker y sus compañeros. La invasión a Baja California por una banda armada de americanos puso a Santa Ana entre la espada y la pared; debía escoger entre los filibusteros franceses y los americanos. De los dos males se decidió por el primero. Autorizó al cónsul mexicano en San Francisco, Luis del Valle, a enviar sin tardanza tres mil franceses a Guaymas. Del Valle, naturalmente, se abocó con Dillon, cónsul francés, quien en el acto se puso en comunicación con su compatriota el filibustero Conde de Raousset. Para ese abatido aventurero aquello fue una fruta caída del árbol de la felicidad. Inmediatamente comenzaron él y Dillon a enrolar gente. En la oficina del consulado mexicano se inscribieron cerca de ochocientos hombres de los mil que en un anuncio puesto el 12 de marzo en un periódico decía necesitar. Contratóse el barco inglés **Challenge** para llevarlos a Guaymas. Pero en el preciso momento en que De Raousset empezara a ver el sol claro, el Gobierno Federal derribó otra vez de un manotazo todos sus planes. El 23 de marzo, a petición del General Wool, el **Challenge** fue detenido por el administrador de la aduana en razón de llevar mayor número de pasajeros del que la ley le autorizaba. Violar esa ley era cosa rutinaria, los armadores lo hacían los más días, y su repentina invocación en tan críticos momentos era un simple subterfugio. (1). Al cabo de seis días el barco fue embargado, y el cónsul de México arrestado a solicitud de dos franceses, Cavallier y Chauviteau, quienes decían haber contratado con Del Valle el transporte de los hombres a México a razón de cuarenta y dos dólares por persona. Fue **vox populi** que el gobierno había prometido a

(1) El **Challenge** tenía autorización de llevar sólo 250 pasajeros, pero en su lista aparecían casi 800. **Alta California**, 23 de 1854.

estos hombres dejar zarpar el barco si declaraban en contra del cónsul, y dio verosimilitud al rumor el hecho de que el 2 de abril se autorizara su salida con 350 pasajeros sin ponerse ningún obstáculo. (1). El 5 de abril el cónsul de México fue acusado ante un tribunal federal de infringir la ley de neutralidad, y cuando unos días más tarde se vio su caso sus abogados objetaron la jurisdicción del tribunal; (2) pero su alegato fue declarado improcedente. El juicio adquirió mayor notoriedad cuando los abogados de Del Valle emplazaron al cónsul francés como testigo del acusado. A la fiscalía del gobierno le hubiera gustado hacerlo comparecer como testigo de cargo, pero el tratado concertado el 23 de febrero de 1853 entre Estados Unidos y Francia estipulaba que los cónsules de uno y otro país eran inmunes a procesos obligatorios. El fiscal del estado, por tanto, se limitó a invitarlo a comparecer, a lo cual se negó Dillon. Entre tanto, los abogados de Del Valle reclamaron para su cliente el derecho constitucional del acusado a ser careado con los testigos, y la corte sostuvo su alegato declarando que los tratados debían ajustarse a la Constitución. El 25 de abril salió de la corte el jefe de policía con orden de aprehensión para Dillon, a quien se la entregó en el Consulado de Francia. Allí se encontró con que cerca de dos mil acalorados franceses rodeaban la casa. Después de discutir un rato Dillon accedió a acompañar al jefe de policía a la corte, aunque bajo protesta oficial, y cuando ambos salían de la casa consular, la multitud hizo un movimiento como de querer rescatar a su paisano. El cónsul, sin embargo, les habló calmadamente apaciguándolos y les agradeció su demostración de simpatía asegurándoles que sabría cumplir con su deber. Al entrar en la sala de justicia volvió a protestar en su carácter oficial

- 
- [1] **Alta California**, 3 de abril, y 1 de mayo de 1854. Más tarde Wool declaró bajo juramento en el juicio contra Dillon, que él permitió zarpar al **Challenge** sólo porque el cónsul francés le juró por su honor y el de su patria que los pasajeros eran colonos. **Alta California**, 25 de mayo de 1854.
- [2] Alegaron que la Constitución de Estados Unidos hacía de la Corte Suprema la corte de jurisdicción inicial en caso que afectara a los cónsules. El Fiscal de Distrito, Inge, empero sostuvo que una ley de 1789 había fijado la jurisdicción referente a los casos consulares; el tribunal admitió su juicio.

y declaró que, basado en sus derechos, no respondería a ninguna pregunta. La cuestión de si Dillon había cometido desacato quedó para ser resuelta después por la corte, y se le permitió regresar al consulado. La multitud seguía allí; de nuevo les habló instándoles a tener calma, y les aseguró que el pueblo americano no permitiría la comisión de una injusticia; a más de que el gobierno francés estaba perfectamente capacitado para defender a sus representantes diplomáticos en el desempeño de sus deberes. Terminó pidiéndoles se regresaran a sus casas e hicieran lo posible por mantener buenas relaciones con sus convecinos americanos. Luego arrió del consulado la bandera tricolor de Francia en señal de que habían sido violadas las estipulaciones del tratado, y se negó a seguir desempeñando su cargo hasta recibir instrucciones de su gobierno. Pero como también era cónsul de Cerdeña (+) continuó actuando como tal, mirando de paso los intereses de su patria. El 20 de abril la corte falló que no consideraba desacato la actitud de Dillon. Al día siguiente el Juez Hoffman manifestó que había cometido un error al tratar de hacer comparecer a Dillon, puesto que en verdad no se le podía obligar a ello, y que era correcta la actitud del francés de atenerse a las estipulaciones del tratado. (1).

Entre tanto, el juicio del cónsul mexicano seguía su curso. Del Valle era un caballero de edad avanzada y de finos modales recién llegado a San Francisco, y que hacía sólo lo que veía hacer a otros; y tan a puertas abiertas todo ello que es dudoso supiera que estaba infringiendo la ley. Pruebas de peso indicaban que Dillon había hecho de él un instrumento suyo. Este solía expresarse en público mal de la empresa de De Raousset, y hasta había publicado un aviso en el **Echo du Pacifique**, periódico de San Francisco, manifestando que su gobierno veía con desagrado esa empresa. Alguien aconsejó

(+) En aquel tiempo la isla mediterránea de Cerdeña era un reino independiente que con otras ciudades italianas regía la Casa de Saboya. El patriota Garibaldi la incorporó después al reino de Italia. {N. del T}.

(1) Sobre esta estipulación convinieron después ambos gobiernos en que los cónsules debían siempre presentar pruebas a menos que estuviesen imposibilitados de hacerlo. House Ex., Doc., 88, 35 Cong., 1 Sess. 134.

a Del Valle que la manera más segura de desbaratar los planes de De Raousset era inducir a cuantos más se pudiera de sus partidarios a engancharse en esta nueva expedición, para de esa manera desligarlos de su viejo líder. Dillon apoyó de buen grado esta maniobra, aparentemente porque yéndose ellos, terminaría el peligro de fechorías que pudieran perturbar las armoniosas relaciones existentes entre su país y México, pero en realidad porque eso le permitiría al conde llevar sus hombres a Sonora sin costo alguno, y su líder podría ir después a juntárseles allá. (1).

Los abogados defensores hicieron hincapié en dos puntos: primero, que la expedición de Del Valle era en realidad un antídoto contra el filibusterismo, por cuanto tenía por objeto echar por tierra los planes de De Raousset; y, segundo, que aunque se violara la ley de neutralidad, ésta no era constitucional. En su alocución al jurado, el Juez Hoffman, como en el caso de Watkins, sostuvo la constitucionalidad de la ley y no demostró ninguna simpatía por el acusado. Tras quince minutos de deliberación salió el jurado pronunciando veredicto condenatorio, pero recomendó "magnánima clemencia". (2). La sentencia fue aplazada para el 29 de mayo; el Fiscal Inge pidió excusar los trámites del proceso, puesto que ya se había conseguido lo que se quería: presentar al pueblo la realidad de los hechos.

Se había acumulado en este juicio suficientes pruebas para implicar a Dillon, y basándose en ellas el 15 de mayo se le acusó de infringir la ley de neutralidad. Fue enjuiciado el 23. Su abogado leyó la protesta de su cliente contra el proceso, y después de ser aceptada como queja siguió su curso el juicio. El gobierno trató de probar que el acusado, y no el

(1) Nunca dudó el General Wool que entre Dillon y De Raousset hubiese un entendimiento, y estaba seguro de que tan pronto como el conde llegara a México uniría sus fuerzas a las de Walker. Dillon había dicho en cierta ocasión a Wool que los franceses engançados por Del Valle se naturalizarían mexicanos y se enrolarían en el ejército de ese país; en una segunda carta aseguró que todos ellos eran fanáticos republicanos y revolucionarios, y que jamás pelearían al lado de Santa Ana. House Ex. Doc., 88, 35 Cong., 1 Sess., 95 - 6.

(2) *Alta California*, 2, 6, 11, 13, 14, 25, 26, 27, y 28 de abril, de 1854.

cónsul mexicano, era el verdadero transgresor. Emplazóse a Walker y a Watkins a declarar todo lo que supieran acerca de las relaciones existentes entre Dillon y De Raousset. Ambos rehusaron testificar apelando al derecho constitucional que faculta al deponente a no incriminarse, aunque Watkins declaró haber estado presente en conversaciones sostenidas entre Walker y el conde. Edmund Randolph, aquel gran amigo de Walker, fue citado por el abogado defensor a declarar, y lo hizo en favor de Dillon. (1). El jurado, al cabo de seis horas de deliberación, manifestó no haber podido llegar a un acuerdo; diez de sus miembros votaron por la condena, y dos por la absolución. Pocos días después el fiscal anunció que optaba por levantar la acusación, con lo cual se dio por desestimado el cargo. (2). Los californianos calificaron de mascarada política el juicio entablado contra los dos cónsules, dado que, dijeron, sólo tenía por objeto exaltar el chauvinismo americano y promover las aspiraciones del General Wool, de quien se rumoraba tenía puestos los ojos en el sillón presidencial. (3). El Coronel E. D. Baker, abogado muy capaz que defendió a Dillon, dirigiéndose al jurado preguntó por qué el fiscal había dejado partir a Walker a plena luz del día, y sólo después que éste hubo fracasado y que el filibusterismo perdiera popularidad atacaba a los extranjeros. El **Alta California** editorializó diciendo que no era temor al filibusterismo lo que motivaba las acusaciones, sino el deseo de notoriedad o de sentir una afectuosa palmadita en la espalda dada por alguno de los "pejes gordos" de Washington; o que tal vez como resultado de la tolvenera que con ello se esperaba levantar, alguien estuviera tratando de alcanzar el poder. (4).

En la noche del día en que se abrió a pruebas el juicio de Dillon, el Conde de Raousset-Boulbon, la verdadera piedra del

(1) Dice Hittell en su **History of California** que el arresto de los cónsules fue obra del partido esclavista que quería a Sonora para sí. Las pruebas sin embargo, demuestran que esta afirmación es errónea. Randolph era un ferviente esclavista, amigo de De Raousset, y testigo favorable a Dillon.

(2) **Alta California**, abril y mayo de 1854; **Annals of San Francisco**, por Soulé, Págs. 531 - 35.

(3) **Les Français en California**, por Lévy, Págs. 148 - 55.

(4) **Alta California**, 27 de mayo de 1854.

escándolo, saltó sigilosamente en una pequeña goleta con ocho hombres y buena cantidad de pertrechos para ir a juntarse a los franceses que unas semanas antes habían zarpado en el **Challenge**. La partida del francés fue tal vez de provecho para Dillon, ya que su declaración podía perjudicarlo; y es que si se hubiera quedado muchos días en California el General Wool lo habría arrestado. Tras de naufragar en la isla Margarita, frente a las costa de Baja California, y de sufrir otras desventuras, desembarcó por fin cerca de Guaymas en los últimos días de junio, y de noche entró a hurtadillas a la población. Sólo unos pocos franceses de los que le habían precedido aprobaron su plan de tomarse Guaymas, hacerse fuertes allí y esperar la llegada de refuerzos de California. Decepcionado de sus paisanos trató de ganarse a Yáñez, jefe de la guarnición, instándole a incorporarse a una revolución que se fraguaba contra Santa Ana. El taimado mexicano fingió gran interés, pero sólo para sonsacarle sus planes y caerle luego encima a los franceses. El conde, advertido de la falsía, envió un ultimátum a Yáñez exigiéndole la entrega de dos cañones para protección de los suyos, y de tres comerciantes de Guaymas en calidad de rehenes. La pretensión, por supuesto, fue rechazada. Desde días atrás venía picándole a los franceses la gana de pelear, y ya su líder no pudo contenerlos más. Formó su batallón y los enardeció con esta retumbante arenga: "Vuestra victoria de Guaymas será el gallardete de vuestra victoria de Hermosillo". Sus hombres respondieron con gritos de "**¡Vive la France!**" Atacaron en seguida el cuartel donde los mexicanos en gran número y con artillería se defendían detrás de gruesas paredes de adobe. Los atacantes fueron recibidos con nutrido fuego y ya estaban a punto de retroceder cuando el propio De Raousset, a la cabeza de ellos, se lanzó al asalto. Sólo un puñado de hombres lo siguió. Parecía que buscaba la muerte; las balas le arrancaron pedazos de sombrero y de chaqueta; hasta las bayonetas le rasgaron su camisa de lana, pero unas y otras respetaron su persona. Tan pocos le seguían que tuvo que recejar. En las calles logró rehacer un grupo de cincuenta y les pidió en vano lanzar otra embestida.

Todos pretextaron algo, los más decían no tener balas. Algunos fueron a refugiarse al consulado francés, y el resto, desfallecido ya el espíritu, lo siguió entonces como recua. De último entró el que acababa de ser su líder. El combate duró tres horas y dejó unos sesenta muertos; el número de éstos fue por ambas partes casi igual. Los franceses tuvieron sesenta heridos y los mexicanos el doble. Joseph Calvo, el vice-cónsul de Francia, prometió protección a todo aquel que se acogiera a su bandera, pero estuvo dudando un rato si amparar o no a De Raousset. Ofrecióle a éste facilidades para huir, pero las rechazó reclamando la protección de la bandera de su patria. Fue arrestado junto con sus compatriotas, y el 10 de agosto, ante un consejo de guerra, se le acusó de instigar una conspiración y rebelión armada. Los testigos de cargo fueron sus propios hombres, y todos, con una sola excepción, trataron de salvarse volviéndose contra él. El vice-cónsul negó haberle prometido protección, y De Raousset fue condenado a muerte. En las primeras horas de la mañana del 12 fue fusilado; idéntico fin al de muchos otros líderes filibusteros. Sus partidarios fueron perdonados. Algunos regresaron a California, y los demás se marcharon a la América del Sur o se quedaron en México. (1).

Apenas se supo la noticia en California el Cónsul Dillon publicó una larga carta supuestamente escrita por De Raousset el 19 de mayo de 1854, víspera de su partida a Guaymas. (2). La carta absuelve a Dillon de toda complicidad en los planes del aventurero, pero no puede uno menos de preguntarse por qué el cónsul no la dio a conocer cuando se le procesaba. El hecho de que no la hubiera sacado a luz sino hasta después de la muerte de su autor arroja sospechas sobre su autenticidad.

La cuestión de la comparecencia obligatoria del cónsul como testigo produjo desde luego un intercambio de notas

(1) *Le Drame de Sonora*, por Lambertie, Págs. 102 - 6; *California*, por Hittell, Págs. 741 - 55.

(2) *Alta California*, 24 de septiembre de 1854.

entre los gobiernos de París y Washington. El gobierno americano terminó lamentando "que lo ocurrido hubiera alterado, aunque sólo momentáneamente, las buenas relaciones entre ambos países", y expresó su deseo de dar completas satisfacciones. (1). Se convino en que el primer barco de guerra francés que entrara al puerto de San Francisco sería saludado con veintiún cañonazos; hasta el 30 de noviembre de 1855 se presentó la oportunidad de llevar a efecto el desagravio oficial. A las dos de la tarde de ese día el barco de guerra francés **Embuscade**, que había aportado y fondeado cerca de la fragata americana **Independence**, recibió el saludo de veintiún cañonazos disparados por este barco y también de otros veintiuno por la guarnición terrestre de El Presidio. Simultáneamente se volvía a izar en el Consulado de Francia, después de dieciocho meses, la bandera tricolor de la nación. A los franceses de la ciudad se les había participado lo que iba a ocurrir, de manera que todos acudieron a presenciar el acto en el consulado. Al ser izados los colores su entusiasmo rayó casi en delirio. Dillon habló ante el gentío con palabras de cortesía untuosa para Estados Unidos en general y para California en particular. A esto siguió una recepción en el consulado a la que asistieron muchos destacados ciudadanos americanos, incluso el Juez Hoffman; todos felicitaron al cónsul. Con el risueño final de este incidente el filibusterismo francés pasó a la historia.

El interés demostrado por los diplomáticos franceses en estos planes de colonización de México originó el rumor de que Luis Napoleón sancionaba por debajo de cuerda las expediciones. (1). Créase que el Gobierno de Francia, de tener éxito cualquiera de estas aventuras, inmediatamente la respaldaría. El apoyo que aquel monarca dio más tarde a Maximiliano (+) trajo a la memoria de muchos las primeras tentativas francesas y confirmó las sospechas de que el ambicioso Bonaparte estaba detrás de todo aquello.

(1) El **Herald**, diario neoyorquino, expresa tal opinión en su número del 4 de agosto de 1856.

(+) Archiduque de Austria, y Emperador de México en donde fue fusilado en 1867. (N. del T.).

En el curso del proceso de Dillon el tribunal federal entabló acusación contra William Walker y sus secretarios de guerra y de Marina John M. Jarnigan y Howard A. Snow. Walker fue instruido de cargos el 2 de junio; se declaró inocente alegando que sólo hasta después de haber salido de la jurisdicción territorial de Estados Unidos se había dado carácter militar a la expedición. (1), Edmund Randolph fue su defensor. No se arrestó entonces a Walker por considerársele todavía en libertad bajo palabra, pero una vez enjuiciado tuvo que rendir fianza. Debido a la ausencia, primero de Frederick Emory, testigo principal, y después del Juez Hoffman que se encontraba en el Este del país, el caso no se vio sino hasta en octubre. (2). Randolph y Benham, abogados de Walker, recurrieron a la misma táctica empleada por otros en el proceso de Dillon y Del Valle, insistiendo en que se hiciera comparecer a Dillon. El Juez J. S. K. Ogier (3) se negó a hacer tal cosa, pero sí lo invitó a comparecer "si lo tenía a bien". El cónsul respondió que "apremiantes razones de fuerza mayor" le impedían aceptar la invitación, pero insinuaba que podía testificar acerca de su absoluto desconocimiento de todo lo relacionado, ya fuera en pro o en contra, con las actividades del acusado. Y se abrió a pruebas el juicio. Es interesante observar que el primer testigo de cargo fuera Henry A. Crabb, originario de Nashville y discípulo de Walker. Era un prominente político del partido Whig (4) y miembro del senado estatal. Su declaración no aportó nada que valiera la pena, y si se da cuenta de ello es sólo porqué más tarde Crabb también invadiría México, como antes lo hiciera Walker.

Walker, como abogado que era, actuó como tal en su propia defensa, y al presentar a su testigo dijo: "En defensa de los cargos que se me imputan, caballeros del jurado, voy

(1) *Alta California*, 27 de mayo y 3 de junio de 1854.

(2) *Alta California*, 7 de junio y 16 de octubre de 1854.

(3) El Juez Federal Ogier era nativo de Carolina del Sur, pero vivió en Nueva Orleans antes de irse a California.

(4) Partido centralista (1836 - 1856) predecesor del actual partido republicano. (N. del T.).

a probar que al salir de este puerto mi propósito era desembarcar en Guaymas y de allí continuar por tierra a la frontera México-americana, y probaré asimismo que fue solo hasta que estuvimos en alta mar y fuera ya de los límites jurisdiccionales de Estados Unidos que se cambió de idea, decidiéndose entonces desembarcar en La Paz; y también que antes de esto yo no tenía intenciones de ir ni desembarcar allí en son de guerra". Los argumentos aducidos por el defensor fueron del mismo corte de los esgrimidos en el proceso de Watkins. Benham impugnó la constitucionalidad de la ley de neutralidad y alegó que si la invasión fue un ataque al pueblo de México tal delito debía ser castigado por ese país y no por otro. Si Walker concibió en alta mar la idea de hacer la guerra a México, el jurado norteamericano no podía tocarle un dedo. Mientras hablaba Benham, el Cónsul Dillon y el Almirante Despointes, al mando de la escuadra francesa visitante, entraron al recinto y ocuparon asientos en el foro. Randolph, quien siguió a Benham en el uso de la palabra, aprovechó hábilmente la oportunidad para decir que al haberse negado el cónsul a declarar, aun cuando podía venir a presenciar el juicio como bien podía verse, se había privado al acusado de sus derechos constitucionales. El alegato de Walker en su descargo fue por cierto de gran interés. Si pues a ninguno de los franceses que invadieron México, dijo, se le había procesado, ¿por qué el gobierno se volvía contra él únicamente? Relató a continuación algunos pasajes de su estadía en Guaymas, diciendo, entre otras cosas, que la gente de allá le pidió que regresara, y pensaba complacerlos. Fue, sin embargo, debido a la ingerencia gubernamental, que se vio en el mar con sólo cuarenta y cinco hombres, y con tan reducido número tuvo que desembarcar en una región escasamente poblada y protegerse bajo una bandera improvisada. Lo único que a él y a sus hombres les alentó en la terrible marcha a través del desierto fue la convicción de que de su parte estaban el derecho y el humanitarismo. Albergaba en su pecho, siguió diciendo, la espe-

ranza de emular a los "peregrinos" del **Mayflower** (+) rescatando a Sonora de mano de los salvajes para convertir esa región en un lugar civilizado. Inge, el fiscal, se burló del humanitarismo del filibustero, y afirmó que aun cuando su intención hubiese sido ir a México a proteger a sus habitantes contra las depredaciones de los indios, la expedición era una flagrante violación de la ley; sostuvo la constitucionalidad de ésta y citó, como precedentes, las condenas de Watkins y de Emory. Las palabras del Juez Ogier fueron de matiz casi idéntico a las del Juez Hoffman en los casos anteriores, con la diferencia de que se dedicó primero a recapitular las pruebas. Esto provocó la objeción de Walker, quien alegó que la constitución del estado de California prohibía a los jueces recalcar los hechos. Ogier replicó que tal artículo era aplicable sólo a los tribunales del estado. Cuando el juez terminó de hablar, Walker hizo algunos reparos. El jurado, tras una deliberación de ocho minutos solamente, pronunció veredicto absolutorio. (1).

Con la exculpación del más destacado de los filibusteros el gobierno encarpetó los casos contra los otros de menor valer; había lanzado su último dardo con un mínimo de éxito. Curiosa en verdad fue la labor de estos tribunales. Condenaron al ingenuo cónsul mexicano cuyo gran delito había sido sacarle a otro las castañas del fuego; no se pusieron de acuerdo en la cuestión de Dillon, sumo sacerdote del filibusterismo francés; condenaron a Watkins, agente de Walker y, en cambio, habían absuelto al propio Walker, principal exponente de todos los filibusteros. . .

En cuanto al General Wool, promotor del arresto de filibusteros y de cónsules, no quedó bien con los filibusteros y desde luego no lo elogiaron los antagonistas de ellos. Estos mismos creían que el general jugaba su propia carta política. Jefferson Davis, aunque encantado de la "cordial coopera-

(1) Barco que en 1620 llevó a un grupo de familias inglesas puritanas, que se llamaron "peregrinos", a territorio que hoy es parte de Estados Unidos. (N. del T.).

(1) **Alta California**, 19 y 20 de octubre de 1854.

ción prestada por Wool a la Secretaría de Guerra", le dio a entender muy claramente que no debía usurpar las funciones de las autoridades civiles provocando arrestos y procesamientos por leves fechorías. (1). El periódico **Unión**, de Washington, órgano del gobierno, criticó igualmente a Wool por no haberse dedicado por entero a los problemas de orden civil y local de San Francisco, en los mismísimos momentos en que en las praderas americanas los indios masacraban a los pioneros. (2). Molesto por los reproches, Wool, al igual que el Aquiles de la "Iliada", gimiendo enconado se refugió en su tienda mientras se dejaba salir impunemente a otras expediciones filibusteras. Esta actitud del marino no dejó de surtir efecto en la carrera filibustera de Walker en Nicaragua.

---

(1) House Ex. Doc. 88, 35 Cong., 1 Sess., Pág. 52. Wool calificó ésto como indicación de censura a su proceder, por lo que escribió una larga aclaración y defensa. El 18 de agosto de 1854 Davis le contestó así: "No cabe discutir aquí si la letra respalda la interpretación suya, ni tampoco si actuó o no conforme a tal interpretación, pero cuando usted recibió mi nota del 14 de abril, dándole la interpretación que pidió a esta Secretaría, debió ajustarse a ella. Puede que surjan dudas respecto del poder de que está investido el presidente para hacer valer nuestra ley de neutralidad, y de la facultad que tenga para conferir autoridad con ese objeto a los militares. Esta ley no ha sido analizada a fondo desde el punto de vista jurídico. Pero conforme al fallo de la Corte Suprema de Justicia entendiéndose que el presidente puede autorizar a un general a emplear las fuerzas bajo su mando contra los infractores de tal ley, y sin interposición de las autoridades civiles. Pero también consideraba la corte que el "alto delicado" poder debe ser ejercido cuando "el objetivo de la ley no pueda ponerse en efecto mediante el proceso o ejercicio ordinario de las autoridades civiles", y cuando, para garantizar el cumplimiento de la ley, sea necesario el empleo de fuerzas navales o militares". *Alta California*, Págs. 98 - 100.

(2) *Alta California*, 24 de diciembre de 1854.

## CAPITULO VI

### Walker como político californiano

De vuelta en California Walker no se consideró un pros-crito por haberse erigido presidente de Sonora. Reasumió su estado civil de vecino de Marysville y en el acto entró a tomar parte activa en la política local abogando por la causa de David C. Broderick, fogoso demócrata pero firme opositor de la esclavitud. Teníase a Broderick por el verdadero líder de la facción "autorizada" del partido en California, y con él estaban todos los que se oponían al dominio de los sureños en las directivas del mismo. A la facción adversa a Broderick la llamaban sus antagonistas "partido de la aduana" debido a la gran proporción de empleos gubernamentales que acaparaba; su líder era el Senador Gwin, originario de Misisipí. (1). Si las imputaciones de apóstol de la esclavitud con que se le designaba hubieran sido ciertas, Walker habría figurado en las huestes de Gwin; es por tanto significativo que lo encontremos militando bajo la bandera contraria. No había por ese tiempo, sin embargo, una bien definida división ideológica en la política californiana. Muchos sureños eran recalcitrantes partidarios de Broderick, el abolicionista, mientras que entre sus más acérrimos enemigos se encontraban algunos nortehños. (2). Edmund Randolph, amigo de Walker, aunque frenético esclavista era al mismo tiempo partidario de Broderick.

(1) Eran tantos los de la clase media empobrecidos de Virginia que gracias a Gwin tenían empleos públicos, que chistosamente se llamaba a la aduana de San Francisco "asilo de la pobreza de Virginia".

(2) **Life of David C. Broderick**, Pág. 81, por Jeremiah Lynch. (Nueva York, 1911).

El 18 de julio de 1854 se reunió en Sacramento la Convención Democrática del Estado de California, y "Mister Walker, de Yuba", figuraba en ella como uno de los más prominentes delegados. Los miembros se congregaron en el recinto de la iglesia bautista, y cada facción, haciendo caso omiso de la otra, eligió a su propio presidente. De esa manera dieron comienzo a sus labores. Los dos presidentes se sentaron lado a lado, presentáronse mociones, decidióse sobre cuestiones de orden, y cada facción por su parte nombró directivos como si ignorara la existencia de la otra. Esto, por supuesto, creó una terrible confusión, pero como ninguno de los dos bandos cedía un ápice la baraúnda fue de todo el día. En la tarde Walker, adicto a Broderick, subió a la tribuna y comenzó a hablar en pro de la ideología de su líder. En eso un delegado hostil censuró la posición de los abolicionistas y de los que se oponían a la esclavitud en territorios que aún no tenían calidad de estado; esto caldeó los ánimos desatando una mayor gritolera. En la tremolina se produjo accidentalmente un disparo de revólver de un delegado nervioso que se palpó el arma que portaba en previsión de una emergencia. Cundió entonces el pánico y muchos delegados se tiraron por las ventanas, pero nadie resultó herido. Restablecido el orden Walker reanudó su discurso, pero los secretarios del bando opuesto lo redujeron al silencio. La convención se dispersó para reunirse al otro día en distintas salas; la facción de Broderick nombró un comité de avenencia y reconciliación del que Walker salió electo presidente; luego llegó con los demás miembros al local de los otros en misión de hacer las paces. Todas sus propuestas fueron rechazadas y hasta un airado miembro sugirió echarlo por la ventana junto con sus acompañantes. Walker era también presidente de un comité que nombraba funcionarios permanentes, y además miembro del comité encargado de formular la plataforma política, así como de redactar una exposición que se dirigiría a la democracia del estado. (1). Estos hechos demuestran que su corta carrera de filibustero en Sonora le dio

(1) Broderick and Gwin, f. 98, por James O'Meara. (San Francisco, 1881); *Alta California*, 20 de julio de 1854.

por lo menos cierto prestigio político, pues es dudoso que un hombre de carácter tan taciturno y reservado como era él hubiera sido objeto en esa sesión turbulenta de tamaño reconocimiento si no fuera por la fama que le dio su invasión a México. Digno de observarse es cómo Walker, por ser partidario de Broderick, fuera sindicado de abolicionista. Este episodio de su carrera no ha sido lo suficientemente estudiado.

La más candente cuestión política del momento era entonces el proyecto de ley Kansas-Nebraska. (+). La posición de Walker frente al problema puede verse en el siguiente artículo que bajo su firma apareció en el **Commercial Advertiser**, de San Francisco.

"Los acontecimientos están demostrando la previsión de los sureños que se opusieron al proyecto de ley Kansas-Nebraska. Esa ley viola, según opinión de muchos, promesas solemnes y compromisos vitales. Y, para empeorar las cosas, con ella el Sur pierde en vez de ganar. El Norte, para colmo, ha logrado hacer que sobre el Sur caiga la culpa de la abrogación de la transacción de Misurí, (+++) y ha conseguido también el dominio del territorio, cosa que de otro modo no hubiera podido alcanzar. Algunos agitadores hicieron seguir al Sur una política de la cual ya comienza a arrepentirse. Arrebatados por las pasiones del momento, los estados esclavistas no previeron las consecuencias de la ley Kansas-Nebraska. Ahora es demasiado tarde para echar máquina atrás. El Norte tendrá a su lado a Kansas antes de que el Congreso se reúna en diciembre.

"Las consecuencias de la ley Kansas-Nebraska son otro ejemplo de la afirmación frecuentemente hecha por doctos y

- 
- (+) Rechazaba esta ley la transacción de Misurí de 1820; abría el territorio de Nebraska a la colonización por parte de pioneros sobre una base de **soberanía popular**, y disponía además que se organizaran dos territorios: Kansas y Nebraska. Douglas, autor de la ley, la creó principalmente con el objeto de facilitar la construcción de una línea férrea que llegara hasta el Pacífico. (N. del T.).
- (++) Transacción o convenio referente a la extensión de la línea fronteriza de Misurí. (N. del T.).

moderados sureños respecto de que los ultra-esclavistas son los más activos y eficaces agentes que los abolicionistas tienen en los estados del Sur. Los verdaderos amigos del Sur son los que repudian las ideas y los actos de la doctrina de Carolina del Sur y también quienes creen que la verdadera política de los estados esclavistas debe ser moderada, no extremista. Toda agitación de esclavismo, venga del Norte o del Sur, tiende únicamente a atizar las llamas del abolicionismo y a hacer de ello una cosa colosal cuando pudiera ser sólo algo desdeñable". (1).

Aquí tenemos aquella misma moderación que Walker había revelado en sus días con el **Crescent** de Nueva Orleans. Los exaltados de ambos bandos, esclavistas y abolicionistas, le merecían desprecio. Pero más tarde cambió substancialmente de ideas a este respecto. Acontecimientos que no podía él prever ni controlar le acercarán más y más a la posición extremista del partido sureño, hasta que al fin se vio plenamente identificado con los agitadores secesionistas de la extrema radical. Las ideas que Walker sostenía en 1854 difieren de las que habría de tener en 1858, pero la mayoría de los escritores ha pasado por alto esta mudanza. Ellos han leído los motivos del Walker de 1858 en sus actos del 54, y de esto surge, lógicamente una imagen falsificada.

Aparte de sus actividades políticas, Walker volvió a su vocación de periodista. Primero formó parte del cuerpo de redactores del **Democratic State Journal**, de Sacramento, fuerte bastión de los partidarios de Broderick, y después pasó a San Francisco donde editó el diario **Commercial Advertiser**. Uno de sus propietarios era Byron Cole, oriundo de Nueva Inglaterra, quien tenía sus ojos puestos en Nicaragua, y logró hacer que también Walker se interesara en ese país. Cole y Walker solían hablar de la situación de las repúblicas centroamericanas, y en esas pláticas Cole le aconsejaba abandonar su idea de volver a Sonora e interesarse en la coloni-

(1) Reproducido del **Daily Democratic State Journal**, de Sacramento, 12 de agosto de 1854.

zación americana de Nicaragua, país que le aventajaba en recursos naturales, mejor situado geográficamente, y en donde las posibilidades de éxito parecían más favorables. El **Commercial Advertiser** no era un buen negocio; Cole vendió su parte y Walker volvió al **Democratic State Journal**. Cole, entre tanto, salió para Nicaragua en una misión preñada de grandes consecuencias para William Walker.